

GABRIEL CANIHUANTE

La historia de don Crispín, doña Anita, el guaripola y otros cuentos



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE LA SERENA

GABRIEL CANIHUANTE

LA HISTORIA DE DON CRISPÍN,
DOÑA ANITA, EL GUARIPOLA
Y OTROS CUENTOS



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE LA SERENA

LA HISTORIA DE DON CRISPÍN, DOÑA ANITA,
EL GUARIPOLA Y OTROS CUENTOS

© Gabriel Canihuante Maureira

Editorial Universidad de La Serena

Primera edición: Diciembre 2009

ISBN 978-956-7393-42-8

Ilustración de portada: José Gai

Diseño y diagramación: Editorial ULS

Editorial Universidad de La Serena

Prat 446, Fono (51) 204172, La Serena, Chile

editorial@userena.cl

Esta publicación, incluido el diseño de la portada, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida por algún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial ULS.

A Carlos Canihuante,
un padre fácil de recordar
y a Olga Maureira,
una madre imposible de olvidar.

Índice

La historia de don Crispín, doña Anita y el guaripola	9
Un partido oficial	19
Función de circo	31
Un tiempo que no debe parar	43
Una falsa noticia	51
La utopía	63
El mirón González	67
La última fiesta	73
De Cerrillos a Marsella	87
La trinchera de la deshonra	93
Un diccionario del amor	101
Café, puro café	107
La revuelta del récord	117
Crónica carioca	125

La historia de don Crispín, doña Anita y el guaripola

Los trenes dejaron de correr el día de la sublevación de la Marina en el puerto de Coquimbo; la ciudad estuvo en silencio durante las horas que precedieron a los bombardeos. La gente estaba expectante y no eran pocos los mirones que tomaban lugar en el palco natural que se formaba en los cerros con vista a la bahía. A pocos metros de la costa los grandes buques de guerra chilenos disparaban sin tregua a las aeronaves de la Aviación nacional. La sublevación de la Escuadra, en demanda de mejores salarios, no duró más que un par de días de septiembre de 1931, pero dejó huellas imborrables en la historia del país y en la de don Crispín y doña Anita.

Las bombas de los aviones que caían al mar y las andanadas antiaéreas de los buques no dejaron oír el tiro que don Crispín se disparó en pleno rostro a

media tarde en su casa en el barrio El Llano. Con el suicidio, el funcionario del hospital había querido poner fin a sus días para no sufrir la vergüenza de ser un cornudo. Doña Anita, su esposa, lo había estado engañando, quizás cuánto tiempo, con un joven estudiante del Liceo Comercial, diez años menor que ella. El muchacho era muy conocido por su porte y desplante, y había sido destacado como *guaripola* en el liceo. Durante los dos últimos años desfilaba por las calles del puerto, ante la admiración de las mujeres.

Fue doña Ana quien encontró a su marido con el rostro cubierto de sangre, recostado en el lecho matrimonial y con la pistola aún tibia en una de sus manos. No tuvo dudas de que él había descubierto su engaño, pero en vez de perder tiempo pensando en eso, le tomó el pulso y lo revisó para saber si aún vivía.

Don Crispín perdió el ojo izquierdo en su fallido intento, pero se repuso rápidamente. Al menos en lo físico. Durante los días que estuvo en el hospital, en el mismo lugar donde trabajaba y hacia donde fueron llevados algunos de los marinos detenidos y heridos, fue muy bien tratado porque las personas lo querían. A todos los que preguntaban, él respondía, sin variar su versión: mientras miraba el bombardeo en uno de los cerros del puerto había sufrido el golpe de una esquirla y eso le habría hecho perder el ojo. Su esposa que estaba con él, por suerte, le prestó los primeros auxilios. Íntimamente él sentía una vergüenza insoportable, especialmente cuando doña Anita llegaba a verlo, a

cuidarlo, con todo su cariño y dedicación. Además, suponía muy bien que tanto sus compañeros de trabajo como la mayoría de la gente de la ciudad, que en ese tiempo era un pueblo grande, sabían la verdadera causa de su tragedia. Nadie lo diría delante de él, pero como era la costumbre, a sus espaldas, don Crispín, el respetado funcionario de Salud, había pasado a ser don Crispín, “el tuerto por cornudo”. Circulaban algunos chistes y no faltaba el gracioso que repetía: “si no vio a la mujer cuando tenía dos, ahora, con uno solo ojo, más cornudo va a ser...”

Sólo después de salir del hospital, de regreso en casa, don Crispín y la esposa infiel pudieron conversar sobre lo sucedido.

- Quizás no he sido el mejor marido, pero tampoco he sido tan malo como para merecer lo que me has hecho, comenzó diciendo don Crispín. Hablaba con calma, no era resignación lo que expresaba sino más bien una seguridad de quien se siente dueño de la situación.

- Ya no recuerdo por qué empecé a tener sospechas, pero descubrir tu infidelidad ha sido un dolor peor que el disparo en el ojo. Yo te amaba y verte con ese muchacho me puso furioso. Pensé en un momento terminar con la vida de los dos, pero creo que él no tiene la culpa. Es hombre y es joven; yo en su lugar quizás habría hecho lo mismo. Lo que se da en bandeja no se rechaza. Te seguí un día que dijiste que ibas a conversar con la comadre Elena. En vez de irte

hacia el centro, te vi enrumbar hacia los roqueríos de La Pampilla. No me bastó con ver cuando te encontraste con tu esbelto guaripola, sino que los seguí y pude ver todo, como te entregabas, como te entusiasmas... Me dio asco verte y en vez de atacarlos me devolví pensando en la venganza. Al día siguiente, después de conversar contigo y darme cuenta que para ti todo seguía como si nada hubiera pasado, tomé la decisión de irme de este mundo. Pensé que era yo el que sobraba, tu quizás podrías ser feliz con el mozalbete. Pensé incluso que con él podrías llegar a tener el hijo con el que tanto has soñado desde que nos casamos hace diez años.

Ante el silencio de su esposa que, afligida por la culpa y el arrepentimiento, no hacía más que llorar, don Crispín siguió hablando.

- Me costó conseguir la pistola. Le pedía a mis amigos un arma para defender la casa de los ladrones, pero nadie me creía. Y los que me creían, no tenían nada que vender. Incluso un ex compañero del hospital me ofreció una escopeta, pero me pareció que sería muy difícil matarme con un arma tan grande. Finalmente, me conseguí la pistola con un marino mercante. Era un español que me dijo que no me la vendía sino que me la regalaba porque presentía que quería resolver un problema sentimental. "Si vas a matar a alguien que no sea por puras sospechas", me dijo. "Asegúrate de que sea por algo real y no por imaginación tuya. Te lo digo porque si yo ando lejos

de mi país es porque *me cargué* a mi mujer cuando pensé que me estaba engañando. Tarde descubrí que no era así. Ahora ella está muerta, los hijos botados y yo huyendo... todo por nada”.

Don Crispín siguió contando a su mujer algunos detalles de lo sucedido como la carta en que la denunciaba. Decía que terminaba con su vida por culpa de ella, por su traición. Había pasado tardes enteras leyendo y releendo esa carta hasta que decidió romperla. Para que la iba a perjudicar, no tenía sentido. Su amor era más fuerte que la pena, la tristeza y la impotencia que lo inundaban. Su amor le impedía hacerle daño aunque estuviera muriendo de pena.

Pensó en muchas formas de terminar con su vida. Lanzarse al tren en plena calle del Comercio era la alternativa que más le atraía, pero pensaba que no tendría el coraje para hacerlo, así delante de toda la gente. Recordó que una vez estuvo casi media hora esperando al tren y cuando éste pasó no se atrevió porque había mucha gente en la calle.

- Cuando el español me dio la pistola, mi problema era decidir dónde hacerlo y cuándo. Como ya lo sabes, la casa y nuestro dormitorio fueron el lugar escogido. La sublevación de la Escuadra no tenía ningún sentido para mí, soy indiferente a la política, es algo que nunca me ha interesado y los líos de los milicos, menos. Fue sólo una casualidad, una coincidencia. Sentir el ruido de las explosiones, en todo caso, me ayudó. Me dio el coraje que me faltaba. Pensé que en

esos momentos otros hombres estaban luchando, estaban arriesgando su vida y que muchos quizás morirían ese día. Mi muerte pasaría inadvertida entre tantas bajas de esa batalla.

Apunté primero la pistola dentro de mi boca, pero no me gustaba esa posición. Sentí un gusto amargo en mi lengua y retiré el cañón. Lo apunté a mi sien derecha y disparé. En el último segundo antes del tiro el cañón resbaló y me volé el ojo izquierdo. Enseguida perdí la conciencia y sólo vine a recuperarla en el hospital, cuando estabas de nuevo a mi lado, llorando sin parar.

He hablado mucho y tú escuchas, pero no dices nada. ¡Deja de llorar mujer y dime lo que tengas que decir!

- Sé que no merezco tu perdón, comenzó diciendo ella en una voz casi inaudible, con más expresión en sus ojos que en su boca.

No osaba tocar a su marido que permanecía postrado por la convalecencia y con un parche negro que tapaba la ausencia del ojo. Se mantenía sentada en una silla a un metro de la cama.

- No tengo cómo explicar lo sucedido. No puedo decir nada que sirva para aliviar tu sufrimiento. No sé que me pasó, conocí a ese muchacho y no me di cuenta como ocurrió todo. Ahora ya no tiene sentido hablar de eso, pero quiero que sepas que no lo hice por buscar un hijo. Aunque sé que no merezco tu perdón, es lo único que puedo pedirte ahora, que me perdones...

- Tengo un ojo menos, que no podré recuperar nunca, pero la verdad es que aún te quiero, dijo don Crispín luego de una larga pausa en que sólo se miraban en silencio.

- Te quiero, pero ¿cómo voy a vivir tranquilo de ahora en adelante si seguimos juntos?

- Te prometo que nunca más va a ocurrir algo así-, dijo ella acercándose al marido.

- Ya habías prometido fidelidad en el altar, frente a Dios, y mira cómo te portaste...

- Sí, pero...

- No hay pero que valga, mujer. La próxima vez, que espero nunca llegue a ocurrir, el tiro lo recibirás tú. No te quepa la menor duda, porque ciego tampoco voy a quedar.

El ejemplar funcionario don Crispín pidió traslado de ciudad. Buscó en el mapa un lugar retirado de Coquimbo, una plaza menor donde no hubiera nadie conocido, donde nadie sospechase siquiera cómo había perdido su ojo izquierdo. Ya inventaría algo. En Chanco, un pueblito situado a unos 10 kilómetros de la costa de la Provincia de Cauquenes, había un hospital recién construido. Allí necesitaban funcionarios como él, que no le tuviesen miedo al trabajo. Hasta allá partiría con doña Anita.

Durante meses la vida transcurriría apaciblemente en Chanco, típico pueblo rural. Lo único que alteraba a veces esa calma eran las preguntas de algunos vecinos

sobre la pérdida del ojo de don Crispín. Se empezaban a tejer explicaciones y versiones muy disímiles al accidente de trabajo que ellos habían contado. Esos rumores hacían revivir la tristeza y la rabia del desengaño o, habría que decir quizás, del engaño.

Uno de esos días, don Crispín recibió una carta para él y señora de parte del director del Liceo de Chanco que los invitaba al desfile oficial por el aniversario del pueblo. Según oyó decir, era el día más importante para la ciudad. Por la plaza desfilaban los estudiantes de escuelas básicas de toda la zona, bandas de bomberos, y desde Talca llegaba una banda de un regimiento, además por supuesto, del glorioso Liceo de Chanco.

A pesar de la historia, don Crispín y doña Anita asistieron al desfile. Sentados en primera fila vieron pasar delante de sus ojos a los niños, a los bomberos, a los soldados del ejército. El plato de fondo eran los estudiantes del Liceo. Cuando el locutor oficial anunció la entrada del último grupo desfilando, el estómago de don Crispín se revolvió. Vinieron a su mente las imágenes torturantes del pasado: el esbelto guaripola del Liceo Comercial de Coquimbo; el encuentro furtivo de los amantes en la Pampilla; el tiro en su ojo; el hospital...

“... Y con vibrante paso marcial encabeza el desfile del glorioso Liceo de Chanco, la hermosa alumna Ernestina Peñailillo, la única mujer guaripola de todo Chile, ejemplo de gallardía y elegancia, mezcla

perfecta de marcialidad y belleza. ¡Un aplauso para esta joven estudiante!”.

Pasado el susto inicial, don Crispín tuvo todo el tiempo del mundo para mirar y admirar a la jovencita. Vestía un traje similar al de las artistas de circo, dejando al descubierto sus torneados brazos y muslos. Con botas largas, se veía una mujer alta pero no delgada, sino más bien corpulenta. Era el tipo ideal de belleza de esos años. Don Crispín alcanzó a suspirar cuando se dio cuenta de que la joven, mientras marcaba el paso de parada, levantando su pie a la altura del hombro, lo miraba furtivamente.

Doña Anita, observando todo esto, se limitó a decirle con voz clara y sonora, como para que todos los que estaban cerca la escucharan:

- ¡Si te llego a sorprender en algo turbio, te vuelo el otro ojo!

Desde ese entonces, dicen los viejos de Chanco y sus alrededores: *“Perder un ojo por una mujer se puede, pero perder los dos, ni por todas las mujeres del pueblo”*.

Un partido oficial

Esa noche, a mitad de un tercer tiempo, un tiempo extra de sólo 10 minutos, para el desempate, se acercó hasta nosotros un hombre flaco y de una edad indeterminada, no era viejo ni joven, pero tenía cara de pobre, como diría mi abuela. Tiempo después supimos que se llamaba Manuel Zapata y le gustaba que le dijéramos Mañungo.

Disfrutábamos del verano, poco después de las fiestas de año nuevo y estábamos jugando una fiera pichanga en un campito que nosotros mismos habíamos preparado en un sitio eriazo en las colinas de Santa Lucía.

El visitante preguntó tímidamente si podía jugar con nosotros en un momento en que la pelota salió de la cancha y hubo que ir lejos a buscarla. Le dijimos que ahora no se podía porque estábamos en el desempate y con los dos equipos con igual número de

jugadores, pero que la próxima semana volveríamos a jugar. ¿Siempre los viernes?, preguntó. Sí, le dijo uno de los nuestros, empezamos como a las 7 porque salimos de la *pega* a las 6. Ni siquiera se quedó a ver el desenlace, simplemente se esfumó.

Desde esa colina a veces, después de los partidos, nos quedábamos medio escondidos entre matorrales y pequeños árboles, viendo las luces de la ciudad. Fumábamos y tomábamos una cervecita al aire libre y agradable de esa parte alta de la ciudad.

El viernes siguiente Mañungo estaba en el campito a eso de las 7 de la tarde y no había llegado solo, lo acompañaban tres hombres, todos flacuchentos y pálidos como él. Nos dijo, con algo que podría llamarse entusiasmo, que podíamos hacer un combinado o que si preferíamos jugáramos un cuatro contra cuatro, con arquero jugador, es decir como un arquero que no sólo ataja o defiende el arco. Bueno, ustedes saben.

Como en ese momento los “anfitriones” éramos sólo cuatro no había más que discutir. Empezamos un partido de dos tiempos de 20 minutos cada uno. Mi equipo, si puedo usar esta expresión tan individualista, tenía mucha experiencia porque desde hace años jugábamos juntos contra diferentes rivales. Sin embargo, ese día parecía que era la primera vez que estábamos juntos mientras que el adversario, estos extraños visitantes, era un equipo muy coordinado y de raro talento.

volverían para jugar con nosotros.

Y así no más fue. El siguiente viernes a las 7 en punto apareció completo un equipo de 6 visitantes. Una de las curiosidades es que venían con ropas deportivas, lucían algún extraño uniforme de un club que nadie identificaba. “A lo mejor es un equipo de otro país”, atinó a decir Alberto, un especialista en explosivos que ahora era comerciante, pero todos le respondimos que en estos tiempos de mucho fútbol en la TV, las camisetas de equipos de cualquier rincón del mundo eran conocidas.

Jugamos un 6 contra 6 en dos tiempos de media hora cada uno. Ese día uno de los nuestros estaba lesionado y no pudo jugar pero actuó como árbitro, sin uniforme, sin tarjetas, pero con un potente pito que tocaba como si fuera un referí profesional. Aunque el juez era nuestro, perdimos con un inapelable 7 a 1. Nuestras miserias -en caso de derrota- solían conversarse a la hora del *pucho* y las cervezas, pero ese día nadie se atrevía a iniciar el diálogo. Bebíamos lentamente nuestras latas y botellas en silencio. Nuestros contendores, una vez más, se marcharon sin querer participar en el descanso.

- Yo creo que estos gallos son *finaos* del cementerio, dijo por fin el ocasional hombre del pito. “*Tai loco, bueón*”, fue lo más suave que le dijimos. Cada uno en su proverbial castellano chileno le rezó algún comentario crítico y luego de una pausa, él se limitó a decir: “Son *finaos*, estoy seguro”.

La incomodidad se hizo la reina del momento. Terminamos las cervezas y nos despedimos con rapidez y tensión. Algunos de nosotros trabajábamos juntos, otros éramos vecinos, teníamos diversas relaciones cotidianas, pero en verdad lo que nos unía, aparte de un cierto origen común, era el fútbol. Este fútbol de aficionados, este mini fútbol de siete u ocho jugadores como máximo. Un deporte que no tenía más objetivo que el relajo, el liberar tensiones, correr tras una pelota para embocarla en un arco y celebrar de cualquier manera. Nunca, en los tres años que llevábamos juntos, se había organizado un campeonato o algo similar. No teníamos ninguna orgánica, ni cuota ni mucho menos afiliación. Era un tiempo difícil, en que cualquier grupo era sospechoso. Por pura organización espontánea sabíamos cuando nos juntaríamos y cuando no, porque tampoco era una obligación estar allí cada viernes. Era muy raro que no jugásemos pero a veces ocurría, terremoto, inundación o algún acontecimiento especial, que no llegaba ninguno de nosotros y cuando los jugadores no eran más de cuatro o cinco suspendíamos los partidos y nos marchábamos a casa.

Entre un viernes y otro no había más comunicación que el formal saludo, ese mínimo “hola, hola, ¿cómo *está*?” Ni siquiera nos poníamos de acuerdo para vernos el viernes. Llegábamos o no, y punto.

El siguiente viernes -cosa rara- a las 7 en punto nos juntamos 12 de los nuestros y ellos 6, como antes, vestidos con su irreconocible uniforme. Eran tres

equipos completos y sus representantes decidieron al *cachipún* quién jugaba primero y con quién. Sin quererlo lo que se organizó fue un mini torneo de tres, con clasificación inmediata. El perdedor jugaría con el vacante y luego ambos ganadores. Cada partido sería de dos tiempos de 10 minutos cada uno.

Ellos fueron campeones y está bien, no hay problemas, las derrotas se aceptan pero no nos dejaban ni siquiera la posibilidad de conversarla, de preguntarles algo, de saber quiénes eran y de dónde venían. Al igual que en las ocasiones anteriores no hubo despedida, simplemente desaparecieron.

Entonces la teoría de que jugábamos contra difuntos tomó fuerza. La conversación de todos giró en torno a esa hipótesis y todos aportamos con detalles que cada uno de nosotros había captado pero que el resto no. “Yo me fijé que entre ellos no se hablan, sólo hacen gestos”, dijo uno. “Yo, en que no transpiran”, acotó otro. “A mí lo que siempre me ha llamado la atención es que no se cansan”.

Detalle por detalle fuimos armando un “rompecadáveres”, un fúnebre puzzle, un mapa de la mortal convicción. Estábamos jugando contra un equipo de finados. Bueno, mal que mal, nuestro campito se situaba a pocos metros del Cementerio Municipal. Sin embargo, en el fondo nosotros sabíamos que eso no era posible. Durante la semana todos la pasamos mal, dormimos mal, trabajamos mal, convivimos mal. Y no era porque jugábamos mal o porque perdíamos

en el fútbol, sino porque nuestros adversarios no nos dejaban en paz, pensábamos en ellos a cada rato, recordábamos jugadas de los partidos o detalles de la última conversación.

La siguiente jornada de fútbol llegó y nos vimos las caras como siempre a las 7. De nuevo estábamos ahí “en masa”, 12 de los nuestros y ellos 6. Querían repetir el mini torneo de tres pero uno de nosotros sacó la voz por el grupo y les dijo con calma:

- Miren, ya sabemos quiénes son ustedes... O sea, suponemos porque estuvimos conversando y llegamos a una conclusión. Si quieren seguir jugando tenemos que aclarar todo esto.

- Si ya lo saben, qué les podemos decir, contestó Mañungo, el hombre que primero había aparecido en nuestro campito. Habló con tranquilidad, con soltura, sin levantar la voz, como si fuese de lo más natural que un equipo de muertos jugase a la pelota contra un equipo de vivos.

- Bueno, esto confirma entonces lo que sospechábamos, dije en ese momento. Y agregué que necesitábamos saber por qué estaba pasando esto. No quería usar la palabra normal, pero no se me ocurría otra. Es que no es normal, titubeé.

- Está bien, dijo Mañungo, y mientras todos procedíamos a sentarnos en el suelo y más de alguno encendió un cigarro, contó su historia fúnebre.

- Hace diez años fuimos a jugar un partido a Andacollo. Nosotros teníamos un club de fútbol que

se llamaba “Los Papayos” pero vivíamos en El Tofo. Era la primera parte de la final de un campeonato de fútbol regional y la perdimos. El resultado fue estrecho: 3 x 2 y el partido había sido muy peleado, de hecho tuvimos dos expulsados por cada equipo. Lo peor ocurrió en el camino de regreso. La micro en que viajábamos cayó a una quebrada profunda en la bajada de Andacollo. Allí murieron 9 jugadores del equipo y algunos familiares. Quienes sobrevivieron nunca más se recuperaron y pa’ más remate años más tarde cerró el mineral, desmantelaron el pueblo y nosotros nos quedamos como almas en pena. Bueno, nunca pudimos cobrarnos la revancha; no debería usar esta expresión, pero lo digo en el sentido futbolístico.

Ninguno de nosotros quiso hablar entonces. Apenas nos mirábamos de reojo entre nosotros y a Mañungo preferíamos no verlo. El suelo, el cielo, los árboles eran los objetos de nuestra visión. El silencio fue la única pausa en el relato.

- Por esas cosas de la muerte, prosiguió Mañungo, supimos que la mayoría de ustedes son andacollinos que han llegado a La Serena en los últimos años y por eso decidimos buscar una revancha con ustedes. Para eso estamos aquí, pero no nos vamos a ir sin jugar un partido oficial.

- Un partido oficial, ¿vendría siendo qué?, preguntó entonces uno de los vivos. ¿Con público? ¿Con uniformes? ¿Con árbitros? ¿En otra cancha?, preguntamos los demás.

- Con todo eso, repitió Mañungo. Un partido de dos tiempos de 30 minutos o más cada uno. Con tres cambios máximo. En caso de empate, jugamos un tiempo extra de 15 minutos y si se mantiene el empate definimos a penales.

- “¿Y qué pasa si pierden de nuevo?”, pregunté con cierto temor.

- No pasa nada. O sea, si perdemos, perdemos no más. Nos vamos igual.

- ¿Cuándo jugaríamos?

- El 14 de febrero se cumplen diez años de nuestro viaje sin retorno. Lo ideal es que se consigan una cancha buena, con pasto, arcos con redes, un equipo de árbitros, todo lo que se requiere para una final de campeonato como Dios manda.

Ese viernes suspendimos el partido. Barajamos algunas alternativas y afinamos algunos detalles y luego cada equipo se retiró con el firme compromiso de volver a enfrentarse, ahora sí en forma definitiva, el 14 de febrero. Un domingo que como ya era costumbre se celebraba el Día de San Valentín.

Ese día de los enamorados había muchas actividades en la ciudad. No hubo problema en conseguirse una buena cancha, hubo que arrendarla pero tratándose de una ocasión tan especial no tuvimos dificultad en conseguir la plata. Pensamos en todo, los árbitros, uniformes para ellos y para nosotros, un trofeo. Incluso en la leyenda de la copa: “Torneo especial Día de los Enamorados. 14 de febrero de 1975. La

Serena. Chile”. Cuando nos preguntaron por qué tanto *color*, dijimos que se trataba de un partido internacional pues nos visitaba un equipo boliviano.

Llegamos con 15 jugadores por cada equipo. Había cuatro árbitros. El público era sólo nuestro por razones obvias. La copa brillaba sobre un pedestal. Las camisetas de cada equipo parecían nuevas. El público estaba contagiado de alegría, gritaban, aplaudían, hacían la ola, silbaban, en fin, actuaban a coro con todas las acciones que se podían ver en una final de campeonato.

El partido fue entretenido. Nos ganaron, pero dimos la pelea. El cuarto gol nuestro lo hice yo, que nunca fui en realidad muy bueno para pelota, lo mío era practicar fútbol social, más por el proceso que por los resultados. Aproveché un centro y la mandé adentro con un cabezazo frontal al arquero quien no tuvo la destreza para agarrar la pelota y luego de un rebote entre sus manos y un golpe en la parte inferior del travesaño entró irremediamente hasta el tocar la red. Nuestra alegría, por el empate duró poco. Cuando faltaban 5 minutos para el término del encuentro, Mañungo hizo una jugada de lujo. Tomó un pase al centro de la cancha y avanzó rápido desmarcándose de cuatro defensas nuestros; solo frente al arquero, a unos 8 metros del pórtico, y desde un ángulo cerrado, pateó con poca fuerza y con un efecto que nos dejó helados a todos, pero principalmente a nuestro arquero quien se limitó a “hacer vista” y quedarse quieto,

convencido de que el balón no entraría a su valla.

Los muertos celebraron ese quinto gol como el final del partido. Parecían tener la seguridad de que el marcador ya no se movería. Nosotros tampoco dimos más pelea, algo nos avisaba en nuestro interior que el partido ya estaba jugado y que los minutos que restaban serían mera formalidad para un toque y toque envidiable entre cadáveres.

Terminado el partido, se hizo entrega del trofeo a los ganadores. Mañungo, como capitán, levantó la copa y recibió los aplausos de nuestro público que no estaba triste sino algo melancólico por una razón que en ese momento no lograba comprender. Nos retiramos del pequeño estadio con un sentimiento raro, un poco de tristeza por perder un partido pero más tristeza por una despedida. Y al mismo tiempo sentíamos la satisfacción del deber cumplido. Deber que habíamos asumido por simple espíritu deportivo, nada más.

Sólo un mes después volvimos al campito de Santa Lucía. Todos parecíamos más viejos, como si en vez de 30 días hubiesen pasado algunos años. No era una cuestión de piel, de patas de gallo o kilos demás. Era algo interior y no era malo sino simplemente tiempo que parecía haber pasado.

Jugamos un partido de cinco contra cinco en dos tiempos cortos de 20 minutos. Hacía frío, se acercaba el otoño con tranco firme. Al final de la tarde, Alberto el comerciante, después de orinar en el tronco

de un árbol, volvió corriendo al ruedo de las cervezas y cigarros, y muy agitado nos dijo:

- Cabros, no saben *ná*. Cabros, escuchen. Escuchen todos.

- Habla Alberto, ¿qué te pasa, qué viste? ¿Volvieron los *finaos*?

- No, no volvieron, pero nos devolvieron la copa. Miren, encontré la copa al lado del árbol. Está intacta.

Dos meses después construimos una animita en ese lugar y sobre ella con cemento pegamos el trofeo. Cuando instalamos esa pequeña casa de ladrillos varios de nosotros rezamos. Otros prendieron velas y no faltó un ramillete de flores que adornaba el símil de una iglesia con torre y cruz. La animita quedó muy bien construida, con finos detalles y una pintura blanca impecable. En una lápida escribimos: Mañungo y compañeros, campeones. Veranos 1965-1975. QEPD.

“Gracias Mañungo por favor concedido”, rezan muchas placas metálicas adheridas a una pared construida a un costado de la casita de los deportistas de El Tofo.

Función de circo

Hay una función que no estaba contemplada en el viaje hacia el norte, pero su éxito quedó en la bitácora de esa empresa como una de las principales proezas de toda su larga historia. Eran más de 60 años de vida circense; tres generaciones de los Saldaña se habían distribuido, con escasos invitados, todos los roles del circo familiar cada vez que se presentaban oficialmente a lo largo de Chile ante el *respetable público* como el Internacional Circo Maravilla, con artistas de Norte y Sudamérica.

Era uno de los veranos más calurosos de fines del siglo XX y pese al calor todo había andado bien en el árido camino que une esa antigua ciudad, dividida por el río Elqui, con una serie de poblados y pequeños pueblos desperdigados en la parte sur del desierto de Atacama, entre mar y Cordillera de la Costa. Habían salido de La Serena con rumbo norte a eso de las 9 de la mañana de un día jueves, pero antes de llegar a su

meta -la ciudad de Vallenar- el pinchazo de un neumático, a pocos metros de la entrada a un pueblo desconocido, cambiaría el curso de la historia del Internacional Circo Maravilla.

El pueblito no apareció en los mapas oficiales ni siquiera cuando lo mostraron en la televisión porque fue el sitio escogido para una publicidad de teléfonos. Era un pueblo en medio de la nada, pero para sus lugareños era el centro del mundo; un pequeño poblado rodeado por el desierto más seco de la Tierra. El lugar donde no llueve nunca, un territorio de otro planeta; de apariencia marciana, sin agua, sin vida, sin sombras. Y sin embargo, hubo quien se instaló allí, a medio camino entre La Serena y Vallenar, seguramente en busca de algún mineral que le diese fama y fortuna.

Justo allí, a la entrada sur del pueblo, el camión principal del convoy alcanzó a frenar y hacerse a un lado de la carretera para evitar el volcamiento. Ese modelo, que llevaba diez años seguidos trasladando a medio circo Maravilla, era muy fiel a sus dueños y no daba más problemas que los típicos de mantenimiento. La carga era la máxima posible y un accidente podría resultar fatal a sus pasajeros.

Cerca del mediodía, una media hora después del incidente, apareció el primer grupo de niños. Eran chiquillos vestidos con poca ropa, que se acercaron de inmediato al otro camión, el de las jaulas. Los pocos animales, agitados por el viaje estaban algo inestables y los niños consiguieron incomodarlos más con sus

gritos y aullidos, imitaciones de tigre, de mono, de perro, de gatos y de un *cuantuai* de animales caseros y de circo.

Mientras algunos de los hombres se encargaban de reparar el neumático averiado, y otros de cambiar la rueda, las mujeres aprovecharon el tiempo para refrescarse a la sombra de un pimiento, luego prepararían una merecida merienda que esta vez sería el almuerzo de todos los hombres y mujeres del circo. Con el agua de unos tambores en el paradero de buses del pueblo se mojaban de la cabeza a los pies provocando las miradas lascivas de un par de viejos; las ropas delgadas se pegaban a la piel, mostrando las atractivas siluetas de las artistas.

Nunca quedó claro si el rumor de que el circo daría una función allí partió antes o después del segundo incidente: el desperfecto del gato con que levantaban el camión para cambiar la rueda. Este desgraciado momento acarreó las iras de los hombres del circo que no tuvieron más remedio que pedir ayuda a los pobladores para levantar el pesado camión y superar la *pana*.

Como quiera que haya sido, el rumor se extendió sin obstáculos. Cuando los hombres terminaban de hacer el cambio de ruedas, decenas de niños gritaban alrededor de los vehículos.

El alboroto atrajo la curiosidad de los adultos y en cuestión de minutos todo el pueblo rodeaba a los Saldaña y demás artistas del circo. Los niños habían

creado un grito y en un gracioso y entonado coro repetían sin cesar:

- “Circo, circo, circo; nuestro pueblo quiere circo”.

Al principio los cirqueros lo tomaron como un juego de niños, pero se dieron cuenta de la seriedad del asunto cuando llegó el Delegado del pueblo. Bajó de su moderna camioneta con identificación municipal y preguntó por el Director. A lo lejos se oyeron tres explosiones que por coincidencia marcaban la una de la tarde.

- Es a título oficial , dijo sin bajar la vista ni un momento.

Luis Saldaña era un hombre de pocas palabras fuera del ruedo circense. Llegaba al metro y 70 y era corpulento como un levantador de pesas. Su piel morena se veía cubierta de abundante pelo, en el pecho y en los brazos se veía un vello negro muy denso y encaracolado. Vestía una camisa de aire tropical sujeta apenas por uno de los botones, un poco más arriba de su ombligo; los pantalones vaqueros no tenían hoyos pero lucían gastados por todas partes. Podía tener 50, pero quién sabe, también podía tener 60 años o más. Nadie le pregunta la edad a un artista de circo.

- Mande usted, Alcalde. Luis Saldaña para servirle, se limitó a decir cuando se acercó a la autoridad.

- Mandar no, pedir , respondió el delegado y se presentó:

- Mi nombre es Esteban Fernández, no soy Alcalde pero sí represento a este pueblo, dijo el ex minero, un hombre delgado, de rostro aguileño, piel tostada y pronunciada calvicie. Algo inseguro en ese momento, pero acostumbrado al poder, un pequeño y enorme poder en un pueblo perdido en el desierto.

- Pida usted entonces, pero que sea mejor a la sombra -, invitó el dueño, director y presentador del Internacional Circo Maravilla. Y mientras buscaban un lugar más agradable, añadió:

- Créame que si estuviéramos en mi casa lo invitaría con algo, pero mientras viajamos tratamos de llevar el menor peso posible y no tengo nada que ofrecerle .

- No se moleste. En verdad yo debería invitar, usted está en mi casa que es este querido pueblo, un pueblo pequeño de porte pero grande de espíritu, generoso y solidario, como ya habrá podido ver. Pero no he venido a hacer discursos sino a pedirles un gran favor. Un favor no para mí, sino para mi pueblo, muy en especial para los niños. Ustedes ya los han oído y yo sé oír a mi pueblo. Ellos quieren que ustedes den una función. No queremos nada gratis, estamos dispuestos a pagar...

- Imposible señor, interrumpió el empresario artístico. No podemos hacer una función aquí pues tenemos compromisos pendientes, nos están esperando para mañana viernes en Vallenar. Usted sabe, allá hay más gente y tenemos aseguradas varias funciones con

lleno total hasta el domingo en la tarde.

- Señor Saldaña, si hacen una función ahora en la tarde, pueden partir hoy mismo y llegar a Vallenar de noche. Les alcanza el tiempo para instalarse y preparar la función del viernes en la tarde y de todo el fin de semana. Mire, usted no sabe, pero en este pueblo nunca se ha visto un circo, ni siquiera el de los travestis se queda aquí. Creen que este pueblo es más pequeño de lo que es porque ven unas pocas casas pegadas a la carretera y creen que eso es todo, pero hay más gente, hay unos caseríos cercanos y unas antiguas minas donde también vive gente. Estamos dispuestos a pagar, este pueblo, especialmente estos niños se lo van a agradecer el resto de sus vidas.

Dichas esas últimas palabras, el pueblo que había guardado respetuoso silencio alrededor de los dialogantes, volvió a gritar: “Circo, circo, circo...”

No se sabe si sólo fue para ganar tiempo o porque verdaderamente las decisiones las tomaban en familia, pero el caso es que el dueño de la función explicó que tenía que consultarlo con su gente, y enseguida se retiró.

- “Espéreme aquí unos minutos”, le pidió al delegado.

La respuesta no demoró: el pueblo por primera vez en toda su historia tendría circo y la función sería completa. Vecinos de Cachiyuyo, Domeyko y de otras localidades cercanas llegaron para ver todo el espectáculo, desde que se abrió la carpa en su añejado

pero esplendoroso despliegue, hasta varias horas después se cerrara en su desteñida reducción y empequeñecimiento.

Se desconoce cómo llegaron las personas pero se especula que la autoridad habría mandado a recorrer las localidades cercanas en una camioneta en que se leía en un gran letrero: “Este Delegado cumple, nuestro pueblo tiene pan y circo”. Los modestos y esforzados habitantes del desierto no se hacían de rogar, iniciaban de inmediato su camino para asistir al Internacional Circo Maravilla.

La gente se aglomeró en los alrededores de la Plaza Seca, nombre que recibía la única plaza del pueblo por razones obvias. Allí no había árboles ni pasto, pero sí lucía siempre seca una pileta pequeña; en los bancos de cemento se sentaban por las tardes los vecinos del lugar para disfrutar del fresco, unos minutos antes de que el frío de la noche los metiese a golpes de sereno en la estrechez de sus casas.

Los cirqueros habían estacionado ya sus vehículos, los dos camiones (ya reparado el del accidente) y dos camionetas, en una forma que les permitía marcar los espacios y guardar cierta distancia en el emplazamiento de las cuatro carpas, tres pequeñas y una grande, la carpa de presentaciones del Internacional Circo Maravilla. En pocos minutos, con la destreza de la costumbre y el apuro por no perder las horas que quedaban de ese jueves de fines de diciembre, los hombres se aceleraban en desplegar

palos, tablones, postes y ganchos de metal, la lona azul enorme y todos los implementos de ese espectáculo.

A cada movimiento especial de los circenses, donde mostraban su manejo de cada operación y su destreza corporal, seguía un ¡Oh! de exclamación del público. Y luego vinieron tímidos los aplausos y luego con más confianza, vítores de aprobación general. Los artistas nunca habían vivido esa experiencia y se miraban de reojo al comienzo, pero poco a poco se acostumbraron y terminaron haciendo reverencias al entusiasta público.

La impaciencia de la gente impidió el fin programado de la instalación. Es que niños y adultos, hombres y mujeres, empezaron ahora a corear -no por reclamar- sino por agradecer lo que ya habían visto: “Circo, circo, circo, nuestro pueblo tiene circo”. Por eso, mientras dos hombres del espectáculo se quedaron a instalar las graderías, los artistas se fueron a vestir y a maquillar. Pero antes que estuvieran listos en sus atuendos, el pueblo había terminado la instalación de los tablados y sillas donde se sentaron todos sin ninguna diferencia social o de localidad. Desde sus asientos, seguían gritando el estribillo a todo pulmón hasta que por los altoparlantes se oyó la música de rigor; sí, aquella marcha que toca una banda en los circos grandes y que en los pequeños se escucha de una grabación. El Internacional Circo Maravilla, por cierto, no tenía música en vivo.

La melodía calmó los ánimos por unos

minutos. Un par de jovencitas vestidas de payaso recorrían las graderías ofreciendo dulces, caramelos, algodón azucarado, cuchuflics y otras golosinas que en manos de los niños desaparecían rápidamente. Nada era gratis. Todos habían pagado sus entradas y los globos, las fotos y los embelecos se pagaban. Plata no faltaba para ir al circo.

Cuando la gente volvía a inquietarse -habían pasado más de dos horas desde que empezó la instalación de la carpa- paró la música, se produjo un silencio y un potente foco concentró las miradas al iluminar un punto justo al centro del círculo de la pista. Allí lucía impecable el Señor Corales. Con su voz inconfundible, dio inicio al espectáculo con las palabras de rigor, alargando algunas vocales y arrastrando notablemente las erres:

- “Rrrespetable público... Muuuuy buenas tardes. El Gran Circo Internacional Maravilla se complace en presentar su extraordinaria función de gala en este cariñoso pueblo...”

Los relojes marcaban las tres horas de la tarde en punto. Los aplausos retumbaron en la carpa, los silbidos de aprobación y admiración y la gran cantidad de personas hicieron casi insoportable el calor del ambiente. Ahora, sin que mediase ningún acuerdo, el pueblo coreaba al unísono: “Circo, circo, circo, nuestro pueblo tiene circo”.

Desfilaron por la pista, animales amaestrados -unos perritos blancos que daban muchas vueltas y

saltos; unos monos chillones que bailaban cumbia y un par de famélicos tigres que nunca se soltaban de una cuerda-; un mago que hacía desaparecer en una caja a una rubia muy esbelta; unos contorsionistas que entraban y salían de pequeños baúles; los infaltables reyes de la risa, los payasos más cómicos de todos los circos y los Hermanos Saldaña, “los trapecistas de la muerte” que con ojos vendados y sin malla protectora arriesgaban su vida para deleitar al respetable y ya querido público.

En el intervalo continuó la venta de golosinas y de recuerdos del Internacional Circo Maravilla, fotos de los payasos, fotos de los animales en sus jaulas (que en realidad no se parecían en nada a los recién vistos) y otras pequeñas chucherías.

La segunda parte y final de la función terminaría alrededor de las 17.30 horas. El conductor del circo se preparaba a cerrar el espectáculo, la música del adiós empezaba a tocar en los altoparlantes, los artistas esperaban tras la cortina dispuestos a la salida final para los aplausos, pero una vez más los habitantes del pueblo sorprendieron a sus invitados. Del público salió un adolescente de edad desconocida, un cuerpo de hombre con cara de niño:

- Señor Corales, gritó a todo pulmón, nuestro pueblo quiere agradecerle por esta maravillosa función del maravilloso circo maravilla. Pero nosotros también queremos mostrarle que podemos hacerle algunos números de circo.

De sus bolsillos sacó tres pelotas de distintos colores y empezó a tirarlas al aire con sincronizados movimientos. Luego empezó a andar por la pista, mientras el público se ponía de pie a aplaudirlo.

- Yo no soy el único que sabe de estas cosas, añadió, el Juancho también sabe hacer fuego con la boca y el Loco Jaime anda en la bicicleta de una sola rueda, anunció el joven en su porfiado español y al momento salieron a la pista los nuevos artistas.

El señor Corales supo salir del paso, invitó a los artistas que esperaban tras las cortinas a tomar asiento y a disfrutar del espectáculo. A Juancho y al Loco Jaime le siguieron los mineros malabaristas, quienes hacían girar platos con brillantes barritas de cobre; y más tarde pisaron el círculo central un par de viejos, hombre y mujer, que se daban golpes con un sonoro matamoscas gigante. La gracia de los viejos que se trenzaron a golpes fue tal que algunos viejos espectadores presentaron incontinencia urinaria.

Pero, como todo espectáculo, este circo también tiene su comienzo y su final y el cierre apoteósico de esta única función fue más emocionante aún que todo lo vivido hasta entonces. Muchos espectadores se atrevieron a salir al ruedo, invitando a los artistas a ocupar su lugar. En la pista había más gente que en las graderías. Hombres y mujeres, niños y adultos, jóvenes y viejos, público artista y artistas se hacían gracias, se daban palmetazos, se hacían muecas, se daban abrazos imaginarios, o se abrazaban las piernas

y palmoteaban la cabeza. Fueron minutos en que de la alegría se pasó al llanto, y del llanto se cayó en la depresión. La música, la canción del adiós, no hacía más que aumentar el pesar. Y de repente el Señor Corales tomó el micrófono para sus palabras finales:

- “Señoras y señoras, respetable público. El Internacional Circo Maravilla pone fin a su única función. Este pueblo quedará en la memoria eterna de nuestro circo. Esta ha sido la función más emocionante de toda nuestra vida. Ustedes quisieron una función y la tuvieron, pero nosotros hemos sido los más felices esta tarde. Señoras y señores, podemos decir sin temor a equivocarnos que ustedes ya tienen Circo porque aunque no tengan carpa ni muchas otras cosas, tienen lo más importante: sus artistas. Ustedes son verdaderos artistas de la vida”.

Esa noche el pueblo quedaría reducido al número de sus habitantes de siempre. Los jóvenes que ya podían vivir en forma independiente consiguieron un par de vehículos y se sumaron al Circo, partieron con la pena de sus familiares, pero se fueron con el compromiso de que cada año volverían al pueblo a dar una función y, quizás, otro de sus habitantes se sumara a la itinerante compañía.

Años más tarde, un grupo de estos jóvenes artistas del desierto formarían el Circo Minero, recorriendo siempre los pueblos más pequeños del país y llegando a ser uno de los espectáculos más famosos y queridos del país.

Un tiempo que no debe parar

Posteo 1:

03.35 a.m. La luz verde del reloj digital me iluminó en plena madrugada. Desperté levemente sorprendido por la fija vista de esos cuatro números, situados a medio metro de mi rostro, y durante algunos segundos permanecí en posición horizontal, inmóvil. Parecía una mirada sostenida con tal fuerza que había conseguido despertarme.

Miré luego alrededor del reloj, la base blanca de la lámpara y más allá, el tenue haz de claridad que entraba por la puerta semiabierta de mi dormitorio. Paseé lentamente mi vista por las sombras de mi solitario cuarto. El silencio total me ayudó a concentrarme nuevamente en los números verdes. Y entonces sentí que el tiempo no transcurría. El reloj seguía marcando las 03.35 y me parecía que habían

pasado más de 60 segundos desde que despertara.

Pronuncié la palabra “flame” para encender la lámpara y me senté. El fluido eléctrico era normal y el suave resplandor de la ampolleta aumentó gradualmente hasta la intensidad de “despertar”. Consulté mi reloj de mano, esperando que me mostrase la hora real, pero también estaba pegado en las 3.35. Me levanté y fui hasta la sala para ver el reloj de muro, un antiguo ejemplar tipo “cucú” de 1950, heredado de mis bisabuelos, y no hice más que confirmar mi temor: el tiempo estaba detenido.

Posteo 2:

03.35 a.m. de la otra era:

Mi tiempo:

La soledad en que vivo desde hace una década me pesa por primera vez. Siento deseos de tener a alguien a mi lado para preguntar lo obvio: ¿Qué pasa? Pero, como antiguo solitario moderno, acostumbrado a la compañía virtual, enciendo la radio del mismo reloj que me despertó sin la cotidiana alarma.

Toca la suave melodía de un tema romántico, instrumental como toda la música que se transmite por vía electrónica desde 2022, luego que el gobierno de entonces prohibiera la transmisión de cantos grabados en medios masivos y sólo se puede oír a los cantantes en vivo. El tema musical termina y entonces oigo la voz de un locutor que a pesar de estar grabada parece muy fresca y animada. Él anuncia, sin titubeos: son las

3 horas y 35 minutos de este miércoles 15 de abril.
Buenos días.

Posteo 3:

Mi tiempo real:

Visto una bata para sentarme frente al “multi” de mi dormitorio. Con la red abierta, mediante mi voz -ya que también está prohibido escribir y toda comunicación debe ser oral y directa-, consulto YYY.Reloj del Mundo.ti -un espacio que según mi abuelo se parece a la Radio Cronos, emisora que funcionara hasta los años 60 del siglo pasado-. Todos los relojes del planeta me dan la misma inmóvil hora.

En menos *que canta un gallo* (antes la gente se despertaba con el ruido de algunas aves), envió un nuevo mensaje universal: “*El tiempo no para*”. Lo reviso en la red y cuando pensaba en ir a la cama para seguir durmiendo siento el grillo de un fono. Es un policía del tiempo que me conmina a eliminar la página recién elaborada.

- “Su título, dijo, es un atentado al nuevo orden. El tiempo ha sido establecido como algo fijo y quien se oponga a ello sufrirá las consecuencias. Sus palabras son una amenaza a nuestra paz mundial. Obedezca. ¡No tiene alternativa!”, sentenció.

La guerra entre el tiempo y el espacio había sido declarada. Sin darme cuenta me convierto en el precursor de una resistencia universal.

Posteo 4:

Mi tiempo real:

Recurro a mi memoria entrenada durante mi infancia en las escuelas post-modernas y, sin una razón aparente, rezo dos Padre Nuestro y un Ave María, aprendidos hace más de 20 años. Nunca los había vuelto a decir. Me paro nuevamente frente al multi para abrir mi página del tiempo y oigo lo que en un instante de inspiración había enviado:

“No nací del vientre de un reloj sino del espacio materno. No anduve mi infancia contando horas o días sino jugando en el patio del colegio. La primera vez que hice el amor, no vimos la fecha en el calendario sino que buscamos un territorio de pasto tierno y libre de ruidos. Cuando decidí ser profesor de biología no me puse metas en términos de años sino tener el conocimiento y la fe suficiente para transmitir a mis semejantes, aún sabiendo que nadie es igual a mí.

No hay vida sin espacio, ni la vida artificial siquiera; ni para los clones ni los seres extraterrestres. Todos necesitamos un suelo para caminar, un parque para enamorar, un mar para surfear, un muro o la palma de la mano para instalar un comunicador, una sala para el crematorio y un paisaje lunar o terrestre para esparcir las cenizas.

El tiempo no ha parado porque desde que inicié este mensaje para todos ustedes, amigos y enemigos, han transcurrido nada menos que 171

palabras, pero si prefieren medir en segundos, caros amigos, es su opción. Los amo. Hasta siempre”.

Al final de mi audición me di cuenta de que mi ventana había sido abierta en esos momentos por decenas de personas, varias de los cuales dejaron mensajes de apoyo al nuevo espacio creado en la red. Siento una mezcla de orgullo y temor. Salgo.

Posteo 5:

Mi tiempo real:

Vuelvo a conectarme para oír todos los mensajes, y vuelvo a hablar. Ahora me declaro Guerrillero del Espacio:

“Para que el espacio no pierda sentido hace falta el tiempo, podemos medirlo en soles y luna, en latidos del corazón, en estaciones climáticas, erecciones fálicas o en nacimientos de bebé, en cualquier otra unidad, pero el tiempo no puede parar.

Proclamo el predominio del espacio, pero doy a la variable temporal un valor fundamental. Sin espacio no existiríamos. Algunos desconocidos pretenden paralizar el tiempo deteniendo los relojes, pero eso no nos impide la vida, no nos prohíbe gozar o sufrir cada uno de sus momentos. Seguiremos sintiendo sueño regularmente cada noche y despertaremos al día siguiente, por los deseos de orinar, por el hambre o por la luz de la mañana. El tiempo existe, cómo lo

midamos es relativo, propio de cada universo.

Así como nos prohibieron la escritura hace varios años hoy quieren detener el tiempo para dominarnos. Para que nos sintamos vacíos, perdidos, desorientados sin saber a qué hora dar alimento al hijo, cuándo ingerir un medicamento, o por cuánto tiempo podemos descansar.

Pretenden mostrarnos que el tiempo es lo fundamental para administrar nuestras vidas controlándolo a través una operadora que pomposamente han llamado Central Galáctica del Tiempo - CGT. Por fonos, fax, beeper, computadores y otras telebocinas, nos dirán a cada uno y a cada familia lo que debemos hacer y cuándo exactamente. Pretenden el reinado del ruido sobre el silencio, la tiranía de la bulla electrónica.

Si nos corresponde ir a bañarnos, nos dirán, por ejemplo: Señora Maldonado, es hora de su ducha. Use champú Pamela. Buenos días. Para el desayuno recomendarán marcas de leche, café, pan y mantequilla. Y así para todas nuestras acciones, durante el resto de nuestras vidas. Será la más poderosa máquina de publicidad jamás imaginada. El servicio regulador del tiempo, ciertamente, será absolutamente gratis, gracias al gentil auspicio de alguna de las veinte marcas que dominan el planeta.

No buscaremos librar los combates en el plano de la ciberpublicidad sino en el terreno de la verdad, en el campo minado o no de la filosofía, en las tierras soleadas de ambos hemisferios, en las reservas polares,

en los mares superficiales y profundos, en las cumbres montañosas, en las cavernas que habitaron antes, sin saber del tiempo, los humanos de las edades de piedra. Fíjense bien, lo determinante no es la palabra edad sino el concepto piedra, o luego bronce o chip. Los años luz no miden tiempo, miden espacio intergaláctico, señores. En fin, amigos, si hablo o como antes hubiera escrito, no me distancio o acerco de ustedes por segundos o minutos ni nada temporal; me acerco virtual, me aproximo afectivo, me hermano humano, me hago carne en la carne de ustedes y mi corazón late en sus venas, y si alguno se deja llevar sinceramente por mis palabras llorará espacial en sus mejillas. Como yo dejo ir mis lágrimas hacia la incipiente barba que cubre la mandíbula.

No se dejen amedrentar, sigan viviendo el tiempo de amor que nos ha tocado, y pongan los pies sobre la tierra, aunque sea en el trigésimo piso del edificio en que viven. El tiempo que pretenden detener bate en mi corazón ahora. Los agresivos segundos de cada día los acumulo tiernos a cada noche. Y los instantes de gloria están registrados en el álbum familiar. Y las horas del desgano las echaré conmigo algún día en mi tumba. Todo el tiempo del mundo cabe en una mano amiga y si se abre, la palma me indicará otro camino. Todo el tiempo cabe en la comisura de sus labios y si abren en el beso o en el bostezo, llego directo al infinito. Horas, segundos, fracciones del tiempo. Nada son sin la sonrisa de un niño, sin la nostalgia de

un viejo, sin la soberbia de los quinceañeros, sin la condenada culpa de los sentenciados Nada somos sin el alma y el alma nada tiene que ver con el corazón. Si sístoles y diástoles marcan mi fin, no importa. El alma nada tiene que ver con el corazón”.

Posteo final:

Otro tiempo real:

Vino alguien que dijo ser un pariente lejano. Estoy en un lugar que parece hospital. No sé mucho más que eso. Me dicen que mi convalecencia puede ser larga, pero no debo preocuparme, no soy el primero ni seré el último en padecer “internitis”. “Es un chiste”, me explicó el visitante. Los médicos hablan su propio idioma, pero te lo digo para que me entiendas. Puedes estar tranquilo, aseguró, te voy a venir a ver todas las semanas, hasta que te mejores. Eso ocurrió hace un año...

Una falsa noticia

Yo era miembro de un grupo revolucionario. Estudiaba Arquitectura y tenía ideas esplendorosas. Era la década de los 70. El primer acto de resistencia a los militares fue quedarme en Chile; no meterme a una embajada ni huir por los pasos fronterizos. Me quedaba a combatir, a organizar a las masas. Me quedé contra el consejo de mi madre que, llorando, me rogaba que me fuera. Me quedaba contra mi propio miedo. Lo hacía porque tenía una misión que cumplir y una confianza ilimitada en mis compañeros y jefes.

Quedarse era una prueba a cada hora. Un examen y, a la vez, un comprobante. Un día me informaban de la muerte de Pedro, otro de la detención de Ximena; luego del asilo de Esteban o de la desaparición de los hermanos Hernández. Sabía lo que estaba ocurriendo. Era una osadía quedarse, pero tenía que hacerlo porque no era sólo un militante de base, sino un jefe intermedio.

Para sobrevivir, recurrí a viejos amigos. Ellos

me ayudaron, me ocultaron por algunos días, me protegieron pero también me aconsejaron dejar el país. Anduve de casa en casa, de reunión en reunión y descubrí que no éramos tantos como pensábamos. Nos quedamos pocos, a pesar de nuestro rotundo discurso contra el asilo.

Esto hacía más difícil mi tarea de jefe. Tenía que multiplicarme, hacer el trabajo de varios en condiciones de aguda represión. Era muy activo, decidido, responsable, me auto imponía hacer todo lo que pudiera, me exigía al máximo. Andaba medio hambriento por las calles pero esto me hacía estar atento. La rabia por la muerte de un amigo, la ira de la impotencia, el cansancio acumulado en los últimos meses, la incertidumbre de lo que vendría, todo me hacía estar alerta. Esas sensaciones servían de aliciente a mi estado personal de guerra. Era un soldado sin uniforme y en territorio enemigo. Esto me significaba además un desdoblamiento de personalidad al que no me acostumbraba, una división interior, una auto represión que me inconformaba profundamente.

En tanto ir y venir por la ciudad, a veces me tocaba encontrarme con algún antiguo conocido. Las órdenes del partido eran estrictas: no se podía hablar ni saludar a nadie conocido a través de la militancia.

Ese día, excepcionalmente, desobedecí y saludé a Eduardo. Estaba en un bus al cual subí en uno de mis interminables recorridos. Me senté a su lado y no se molestó. Sin saludarlo inicié una conversación

preguntándole, en voz baja, si estaba “limpio”, (es decir, si era o no seguido).

Nos habíamos conocido cuando éramos los encargados de la propaganda del Frente Universitario. Teníamos, con otros compañeros, un tallercito donde nos entreteníamos conversando y contando historias mientras hacíamos carteles en *silk-screen*, pintábamos lienzos, reproducíamos documentos o panfletos. Nuestra creatividad se desarrollaba en ese trabajo. Y nuestras energías se consumían en jornadas enteras de dura tarea. Nuestros medios artesanales nos daban mucho quehacer pero nos encantaba decir que éramos trabajadores del partido y no simples “masturbadores intelectuales” como definíamos a los que pasaban horas y horas discutiendo la coyuntura política.

Eduardo -mi casual compañero de viaje- estaba bien, según me dijo. Él y yo habíamos sido destinados a nuevas estructuras partidarias. La conversación no fue larga. Hablábamos en voz muy baja y sin mirarnos, prestando atención a todo lo que pasaba alrededor. Se levantó abruptamente y, casi al oído, me dijo que informaría a sus jefes por mi indisciplina de haberlo abordado en público.

Me chocó mucho su actitud. Eduardo fue siempre un elemento muy disciplinado, pero no era lo que llamábamos un *cuadrado*. Pensé que era una forma de expresar el miedo y empecé a lucubrar en torno de esta cuestión. Paranoia fue la palabra que empezó a darme vueltas. Tenía ya suficiente con protegerme de

la persecución militar como para preocuparme de las sanciones de mi propia gente.

En verdad estábamos algo locos, pero había un compromiso a cumplir, demostrar con nuestro ejemplo que éramos dignos de ocupar un lugar en la vanguardia. Ahora estas palabras -partido, coyuntura, vanguardia- me parecen tan lejanas pero eran tan importantes entonces. Claro, estábamos locos, pero no éramos los únicos, era el país entero. Principalmente sus gobernantes que andaban matando gente, quemando libros, cerrando facultades universitarias, inventando tanta mentira innecesaria.

Me detuvieron a comienzos de noviembre. Ese día iba a encontrarme con uno de mis contactos. Me esperaban, digo, mi compañero estaba parado en la esquina, normalmente. Cuando lo saludé surgieron de diversos lados los policías de civil. En los comercios, en vehículos estacionados, o eran transeúntes o vendedores ambulantes. La cara de mi amigo me aclaró una primera cosa. Él había hablado, previno a la policía que yo iría a ese lugar y se prestó al montaje para que me detuvieran. Yo no conocía mucho a ese individuo, había empezado a relacionarme con el ya en la clandestinidad. Pero las caras de culpabilidad se parecen. Su rostro amargado y sus ojos al borde de las lágrimas, lo identificaban como traidor. Pensé que era apenas eso, un traidor más y que algún día tendríamos que juzgarlo.

Confieso que mis captores me trataron bien.

Estuve mucho tiempo pensando en las torturas. Me imaginaba las cosas más terribles. Tenía miedo pero aparentaba firmeza, no temblaba y cuando me hacían preguntas respondía con voz firme y sin titubeos. Llegó la noche de aquel primer día de arresto. Había sido detenido a media mañana y no había comido nada durante el día. Estaba cansado porque en esas 12 primeras horas me habían mantenido en pie, inmóvil y con una venda en los ojos.

De repente me hicieron sentar en una silla. Me pasaron una bandeja con comida y alguien, con voz de pocos amigos, me dijo que me levantara un poco la venda y comiera rápido. Pensé que la comida podría tener un “suero de la verdad” o algo así pero probé la primera cucharada y no noté nada extraño. Entonces me dije a mí mismo: tal vez sea tu último plato en muchos días.

Devoré todo. Me di cuenta de alguien estaba a mi lado porque apenas terminé la “última cena” me dijeron que volviera a ajustarme la venda que apenas había levantado para ver la bandeja y la cuchara. Me pusieron de pie contra un muro que podía tocar con la frente o con las rodillas de vez en cuando. No debía descansar el cuerpo apoyándome en la pared, eso estaba en las primeras reglas de ese juego: no sacarse la venda, no hablar a nadie, no apoyarse.

Pasó un tiempo difícil de calcular, quizá dos o cuatro horas. Vinieron a buscarme. Eran dos guardias, me tomaron cada uno de un brazo y uno de ellos dijo:

- Te toca.

Comenzó entonces una extraña caminata, era un paseo laberíntico que buscaba desorientarme. Dimos varias vueltas y revueltas, escaleras arriba, pasillos estrechos, ambientes amplios a la intemperie, hasta que oí que me decían:

- Llegamos cabrito, ahora *vai* a ver lo que es *güeno*.

Me sentaron. Percibía una sala muy iluminada y oía susurros de voces, el ruido de una máquina de escribir y mi respiración agitada. Me llamaron por mi nombre completo y enseguida añadieron.

- Mateo (mi nombre de combate), sácate la venda.

La luz me encegueció por un instante. Luego fui dibujando mejor las caras de mis interrogadores. Eran tres personas. Un hombre gordo, calvo y de ojos claros sonreía y parecía ser el jefe. A su espalda, una mujer rubia era la dueña de la máquina de escribir y en un rincón otro hombre parecía ser el verdugo. Tenía cara de “yo no fui” y se escondía en su apariencia tipo chileno, pelo negro, ojos oscuros, tez morena y un bigote pequeño bien recortado.

- Mateo, -dijo el jefe-. Tenemos mucho de que conversar, tienes muchas cosas para contarnos, estamos aquí para oírte.

- Tal vez no tanto como usted cree, respondí sin demora.

- JEFE, me gritó el otro hombre. *Tenís* que decir siempre JEFE si *vai* a hablar con el coronel.

- Mira, hombre, no voy a andar con rodeos contigo. Voy a ser claro para que no perdamos tiempo. Estoy a cargo de tu partido desde hace 10 meses. Reconozco que me han dado mucho trabajo. He dormido poco, ando nervioso, perdí algunos hombres en enfrentamientos, en fin, no ha sido fácil. Pero puedo demostrarte que hemos neutralizado a tu gente. No los hemos aniquilado pero están desarticulados, inoperantes. Hoy no son un peligro para nadie, son inofensivos aunque todavía algunos valientes siguen dando vueltas por las calles sin saber qué hacer.

- Quiero que entiendas bien -continuó diciendo- están de-sar-ti-cu-la-dos y no van a volver a organizarse... Así el oficial fue argumentando su posición. Cuando terminó, varios minutos después en los que yo me limitaba a escuchar, me presentó con mucha calma y convicción su propuesta.

- Mira, sé que lo que te voy a pedir es muy complicado para ti, porque te entiendo. Quiero que sepas que lo que te propongo no es algo contra ti. En el fondo te estoy dando una salida, te estoy ayudando, aunque te cueste creerlo de buenas a primeras. Tú tienes, eso sí, que poner tu parte, colaborar. Lo que quiero es que hables por televisión, que les pidas a tus amigos que depongan las armas, que renuncien a la lucha por un tiempo. Es una especie de tregua. Si ellos aceptaran podríamos liberar a la mayoría de los presos políticos y mandarlos fuera del país por un tiempo. Tú debes saber que actualmente hay más de 2.000 presos. Así

también podremos evitar más muertes. En cinco o 10 años más, nadie sabe lo que va a pasar y tal vez tú y yo podamos sentarnos a conversar amigablemente en un café o en una plaza.

- Jefe, lo que me pide no es difícil sino imposible. Yo no podría hacer eso porque sería una traición a mi partido. Además, sería absurdo porque no soy un dirigente y si lo fuera igual no me harían caso. Van a pensar que son declaraciones forzadas por la tortura. Cuando pronuncié esta última palabra se agolparon en mi imaginación las sesiones de interrogatorios que había oído de otros compañeros y volví a sentir un miedo terrible.

- ¡Bien!, exclamó entonces el coronel. Veo que eres una persona razonable, estás dispuesto a conversar y no has respondido con insolencias ni groserías. Voy a explicarte un poco más mi propuesta. El oficial se acomodó en su silla, encendió un cigarro ofreciéndome otro y pidió al ayudante que preparara unos cafés. Me sentí estúpido en esa situación, pensé que la vida o la muerte eran una cuestión para ser tratada entre cafecito y cigarro. Pero no atiné a decir nada y seguí escuchando atentamente a aquel extraño hombre que me hablaba.

Luego de algunos minutos de su charla, terminó diciendo:

- Espero que esto te ayude a tomar una decisión, afirmó mientras me pasaba una carpeta que había estado hojeando mientras continuaba con sus explicaciones. No te pido que decidas nada ahora. Ni

te pondré un plazo perentorio -aclaró, poniéndose ya de pie- pero quiero que sepas dos cosas. Primero, que la dirección de tu partido te había ascendido a miembro de la jefatura máxima. Tengo una carta que así lo prueba. Es lo que tu amigo te estaba llevando al encuentro en que te detuvimos. La podrás leer, está ahí en la carpeta. Segundo, que si decides ayudarnos, debes saber que no estás solo. Tu amigo Eduardo -que está aquí hace una semana- ya se decidió a hablar siempre y cuando no sea el único. Hay otros dos detenidos que como tú también lo están pensando. Te dejo estos documentos para que los leas y medites en lo que hemos conversado.

Nos reunimos los cuatro, por primera vez, un mes después de aquella entrevista con el coronel. Nos reunimos solos y aunque teníamos la certeza de que nuestra conversación estaría siendo grabada, ya que continuábamos presos en el mismo lugar, hablamos libremente, exponiendo cada uno su punto de vista. Al final, llegamos a un acuerdo, había un consenso que nos deprimía profundamente. Los documentos que nos habían dejado leer eran claros. La mayoría de ellos ya los conocíamos, sólo que nunca los pudimos leer ni discutir, como ahora, calmadamente. Allí estaban las informaciones más detalladas sobre las detenciones, las muertes, las salidas del país de los diferentes compañeros. Era un lujo de detalles, estaba condensado todo el efecto de la represión en el partido. Aparecía

incluso la reacción de cada detenido antes y después de la tortura, si había hablado, cuántas horas o días después lo había hecho, etc. Todo o casi todo estaba en los informes.

Lo que más me conmovió fue un organigrama de la Dirección Nacional y la plana suplente. Era un dibujo muy bien hecho, como esos que aparecen en los libros de administración, con diferentes segmentos y sus relaciones y redes. En este caso se trataba de una pirámide formada por rectángulos y pequeños cuadrados que representaban secciones y personas. Al lado de cada individuo aparecía su “estado”: muerto, detenido, exilado, prófugo. Eran esas las cuatro categorías, divididas en dos colores. Las tres primeras en rojo y la última en amarillo. El rojo dominaba no sólo porque es un color más llamativo sino porque cubría la mayor parte de los segmentos.

De los cuatro que allí estábamos solamente uno era un viejo cuadro de Dirección. Los otros dos habían sido ascendidos después del golpe de Estado y a raíz de la muerte de otros jefes. El último era yo que, efectivamente, había sido designado miembro de la Dirección una semana antes de mi detención.

Estimamos que nuestra lucha como partido había fracasado. El proyecto de repliegue ordenado no se había concretado. Se trataba en realidad de una desbandada general en que había muertos, detenidos, asilados y desaparecidos como cuadro predominante. Sólo una minoría se había quedado a resguardo y podía

realmente luchar contra el régimen. Pero cada vez eran menos, no había condiciones para revertir la situación en esos momentos. No había lucha estudiantil ni movimiento sindical ni menos oposición legal al régimen. Tenía sentido llamar a una tregua, podíamos hacerlo en la medida en que formábamos parte de la dirección máxima. Éramos viejos militantes, respetados, nos oirían. O, por lo menos, cambiarían la táctica, arriesgando menos a las personas, exponiéndose menos, evitando más pérdidas.

Tuvimos momentos de extraña lucidez. Nos vimos siendo condenados por el resto de la Dirección, nos llamarían traidores. No nos importó, supusimos que la historia, tarde o temprano, nos absolvería. Nos preparamos. Cada uno elaboró el texto que leería ante las cámaras y nos revisamos uno a otro lo escrito. Luego el coronel leyó todo, hizo pequeñas modificaciones (como poner gobierno militar en vez de dictadura) que aceptamos y nos dijo:

- Vayan a ponerse una ropa mejor. El equipo de TV ya está aquí.

Me mataron un miércoles. Era el mes de julio. Hacía mucho frío. La noticia apareció en los diarios: EXTREMISTAS ASESINAN A UNO DE SUS DIRIGENTES. CADAVER MUTILADO DESCUBIERTO EN VIA PÚBLICA.

La utopía

Extremo sur del mundo, invierno.

Querida madre:

Vine a este lugar hostil para hacer de él un Paraíso. Cuando llegamos aquí sólo había árboles, mucha agua, algunos pocos animales y una terrible soledad. Quise conquistar este suelo que ahora parece abrirse y tragarme.

Traje conmigo a un grupo de amigos. Bastaría con unos pocos jóvenes decididos y sanos para establecer una colonia que crecería multiplicando los panes y las almas. Escogí a los que me parecieron mejores, los más puros. Un carpintero, un mecánico, un leñador, una profesora, una enfermera, un técnico en comunicación, otros hombres y mujeres de oficios diversos y algunos niños sanos y alegres.

Nos preparamos bien y pensamos en todo. Tuve mucha fe en lo que hacíamos. Quise tomar el cielo por

asalto aunque no buscaba a ningún Dios en especial. Nada material me faltaba, pero vi como andaba nuestro pobre país. Herido y hambriento, vendado e ignorante. No quise entrar en la política de protestas, huelgas o manifestaciones que a nada conducían. Los políticos nunca me atrajeron. Quise ir más lejos abriendo mi propio camino. Quería librar un combate épico, desafiando al poder en un territorio por mí escogido. Austral tierra donde nadie vivió antes. Sin armas, sin discursos, sin votos. Lucharíamos con la esperanza de construir algo nuevo, crearíamos una nueva sociedad. No queríamos ser sólo antisistema sino mostrar que éramos capaces de innovar.

Llegamos en un grupo de 20 personas, entre adultos y niños. Al principio éramos tan felices, sentíamos el dulce aroma de la libertad. Fuimos descubriendo tantas cosas lindas: animales y plantas que nos ayudarían a sobrevivir. Los más diversos aromas y algunos tonos del silencio. Un espacio nuevo, sin antenas, aviones, automóviles. Los cuerpos temblaban de frío antes de entrar en el calor del amor sin miedo al mañana. El fuego, encendido al modo primitivo, era otro de nuestros objetos de adoración contemplativa. La semilla daba el fruto jamás cosechado en esa tierra.

Fue pasando el tiempo y sin darnos cuenta, sin percatarnos cómo, sin aviso, nos invadió una tristeza lenta y profunda. Nadie sabía explicar lo que pasaba. Quizás era nostalgia de la civilización, recuerdos de la comodidad perdida, miedo de la soledad que crecía

como el musgo en nuestras casas. Con la pena vinieron los problemas prácticos, la escasez de comida, las enfermedades, los dolores, el egoísmo de la gente. El frío creció en nosotros y en torno a nosotros. El fracaso se hizo irremediable por más que tratáramos de rediscutir el proyecto.

Intenté dominar al grupo por la fuerza. Yo era el único que conocía a fondo los secretos de la supervivencia en ese lugar y sólo yo sabía como regresar. Son cientos de kilómetros sin caminos ni huellas. Es el fin del mundo, donde la tierra parece feliz sin la presencia humana. Ellos se rebelaron y quisieron obligarme a volver renunciando a nuestro sueño. Me hicieron prisionero y me juzgaron. Pasé a ser el único culpable de todo. No me mataron porque sin mi ayuda jamás podrían regresar a la civilización.

Gracias a su descuido, pude escapar. Pero dejé marcas en el camino. Ellos sabrán hallar las pistas y no tardarán en llegar hasta aquí. Estoy entre la vida y la muerte. Las aguas que debo navegar son mortalmente frías. Necesito aún construir una balsa. Quiero alejarme de este maldito lugar. Me voy. Tendré que partir al exilio. Extraño escenario que nunca imaginé como territorio propio.

Si alguien pregunta por mí, díles que estoy probando suerte allá afuera. Eso mismo, probando suerte. Te abraza tu hijo que siempre te ama.

Aníbal

Empujaba la balsa hacia el lago cuando sintió el dolor agudo de una flecha mortal penetrándole la espalda. Cayó sin sangre que manchara su ropa, sin gritos ni temblores. Decidió partir sin expresiones de muerte. Su cuerpo apenas quiso abrazarse a los palos de su precaria embarcación que allí detuvo su incipiente viaje.

El cielo seguía encima y ahora ni siquiera podía verlo a pesar de sus ojos abiertos para siempre.

El mirón González*

A sus 14 años, González había escuchado cientos de amenazas en torno a la masturbación. Los callos permanentes, las ojeras delatoras, la imposibilidad de tener hijos, eran algunos de los probables castigos que pendían sobre las cabezas y las manos de los jóvenes que como él, en la década de los 60, se masturbaban para dar rienda suelta a su permanente deseo y a su renovado impulso sexual.

Flaco, alto, pálido, melencólico, como un plumero, González no se conformaba con un onanismo solitario y escondido; él se arriesgaba, quería tener nuevas experiencias, vinculadas necesariamente a la observación de mujeres, jóvenes de su edad pero que por condiciones de la naturaleza parecían mayores.

*Basado en una historia contada por Juan Godoy.

Aguzado mirador, atento descubridor de nuevos cuerpos femeninos en su inmediato entorno, una población situada en uno de los cerros de la ciudad, González estaba siempre al acecho, a la caza de un cuerpo no visto. A pesar de su empeño, no había conseguido ver más allá de piernas y brazos desnudos. Su máxima realización visual era la ropa interior de alguna mujer que subía las escaleras o se sentaba descuidadamente.

Parapetado en una piedra alta con matorrales, desde donde oteaba al horizonte en busca de una mejor presa para observar, una tarde de primavera vio venir hacia el conventillo a María Mercedes, aún con su ropa de colegio, más llamativa quizás por el apuro que tenía. Cerro arriba corría, dando saltos por las piedras, con un destino fijo: el baño del conventillo. González la siguió con toda la discreción posible y dejó que entrara al baño mientras él buscaba una posición desde la cual observarla sin ser visto. Encontró el sitio perfecto y asistió por primera vez en su vida a uno de los espectáculos más contradictorios y maravillosos de la humanidad: la semidesnudez de una mujer que se desviste desprovista de todo erotismo, afligida por una necesidad estricta que nada tiene que ver con el placer sexual.

González no estaba dispuesto a perder esta oportunidad. Jamás había visto las partes íntimas de una mujer. Era en esa época, antes de la televisión, al menos entre la gente del pueblo, un festín que sólo los

hombres podían darse con sus esposas o parejas, y claro hojeando algunas de las escasas y caras revistas pornográficas de los años 60. Difícilmente se podía hablar de placer, pero es claro que observar a su vecina para él era un desahogo, un dejarse ir no más, sin medir consecuencias; como un disparo al aire que no tiene ruido, un estallido único que se repetiría hasta el infinito.

Los momentos en que se puede apreciar un cuerpo en esas condiciones son fragmentos de segundos, instantes pasajeros que jamás se olvidan, cápsulas que se mantienen en el tiempo, libres de toda contaminación. Mejor aún, el tiempo las va depurando hasta dejar la imagen perfecta del cuerpo deseado, del rincón exacto donde se posa el tierno y violento deseo de un adolescente reprimido.

María Mercedes dio felicidad a González -una felicidad no comentada absolutamente con nadie- varias veces sin saberlo. Cuando se encontraban en otras circunstancias, él se sonrojaba y eso le hacía creer a la muchacha que él estaba enamorado. Pero no había amor, sólo deseo, un apetito sexual que crecía y se extinguía con rapidez, velozmente, de forma incontrolable. Un acto contenido en que se mezclaban su atrevimiento personal, el miedo a ser sorprendido y la satisfacción de un bajo instinto. Ni un suspiro ni un sacudón podían expresar al final de sus experiencias la satisfacción del *voyeurista*. Luchaba contra sus quejidos y espasmos delatores y sucumbía en el más quieto silencio.

Cada vez que terminaba una de las sesiones de

observación y goce, González se repetía: “es la última vez, lo juro, nunca más, nunca más”, pero el vicio era más fuerte y las recaídas se daban en periodos más cortos de lo que él hubiese creído comprensible. Se había convertido en un dependiente visual. Hubo una vez en que el observador creyó ser visto por alguien y dejó de frecuentar el sitio por algunos días. Un periodo largo pasó hasta que González no pudo seguir conteniéndose. Poco antes del regreso a las clases, en el verano aún caluroso, el cazador vio a su presa. Ahora vestía un pantalón y una polera, pero era la misma adolescente ingenua. Su trayectoria indicaba que necesitaba del servicio higiénico. Acostumbrado a la rutina, pero más cuidadoso del entorno que en otras ocasiones, González ocupó la posición segura del observador.

Sacudió la somnolencia acostumbrada del adolescente, puso en marcha toda su capacidad visual y se dispuso a ser feliz en su egoísta ejercicio sexual. Como siempre, pudo ver a su presa desde atrás, tuvo en su retina la imagen de una parte del cuerpo que a su juicio era la mejor. Percibió a una mujer joven, linda, atractiva, deseable, provocadora. Sí, definitivamente Mercedita tenía buen trasero, pensó González en el instante en que dejaba correr el cuerpo, yendo al desenfreno eyaculatorio, al silencioso y quieto desahogo del mirón satisfecho.

Algunos segundos después de su clímax, González tuvo una visión aterradora: el deleznable,

despreciable y asqueroso guatón Carvajal, vecino del conventillo, salía del baño. Sí, el cuerpecito tierno, atractivo y provocador con que él se había saciado visualmente no era otro que el del viejo Carvajal, un hombre al que todos calificaban de “chancho” porque era rubicundo como un puerco bien alimentado.

Pasmado, González buscó una explicación. Se acercó al baño y mientras abría la puerta, sacudido por la pestilencia dejada por Carvajal, pudo ver a Mercedita conversando en una de las piezas del conventillo cercanas al servicio...

Ella no había entrado y sí ese hombre repudiable. González se había saciado mirando el trasero gordo de un hombre y como cada vez que lo hizo observando a su admirada María Mercedes sintió gusto, dicha por lo conseguido, por haber visto una vez más la piel desnuda de esa mujercita y la alegría siempre preocupada de no haber sido sorprendido...

Ahora no sabía qué hacer. Carvajal se alejaba, ausente e ignorante total de lo ocurrido. La niña se reía en el cuarto vecino, también desconocedora de la tragedia de González. El muchacho trató de pensar en algo, de buscar una explicación a su confusión, pero nada podría servirle para calmar su molestia. El disgusto duraría algunos días. Nunca más volvió a mirar a Mercedita ni a nadie, ni en el baño ni en ningún otro sitio, como lo hizo en ese conventillo.

La historia nunca la pudo contar tampoco, ni siquiera al mejor de sus amigos.

La última fiesta

El padre Juan llegó al pueblo minero en los años '90, en la misma época en que los vecinos habían poblado las calles y las fachadas de sus casas con banderas negras. Una crisis mundial tenía el precio del oro en el suelo y los mineros artesanales no tenían a quién vender su escasa producción. El desempleo, que era ya característico, aumentó a niveles nunca antes vistos. La pobreza era tal que las banderas ni siquiera eran de tela, sino simplemente bolsas de basura amarradas a un palo o caña que hacía las veces de asta.

Se hizo querer rápidamente el cura. Tenía un trato directo muy similar al sacerdote anterior que murió de viejo. Juan ya no era joven pero todavía jugaba a la pelota y eso lo ayudó a entrar en confianza con los jóvenes. Decía misas bonitas, según las señoras, pero lo mejor de este religioso es que se puso en la buena

con los caciques de los bailes chinos que andaban algo distanciados de los jefes católicos. Y su mensaje era esperanzador, siempre optimista, hablaba que con el nuevo siglo y el nuevo milenio este pueblo vería por fin progreso para todos y una mejor calidad de vida.

Nunca fue muy amigo de las autoridades pero tampoco se llevaba mal con ellos y los ejecutivos de las grandes mineras ni siquiera lo tomaban en cuenta porque nunca tomaron muy en cuenta a nadie en realidad.

La vida del pueblo transcurría en la paz de este lugar tan alejado de los grandes centros urbanos. Todos parecían estar de acuerdo en público, nadie se peleaba con nadie, pero en los círculos de mayor confianza todos hablaban mal de todos, nadie se quería y todos le echaban la culpa a los demás por lo mal que estaban pasando. Y lo que estaba pasando era que ya nadie podía vivir de lo que siempre les había dado el sustento: el pirquén, la explotación artesanal de oro.

Algunas grandes empresas extranjeras invadieron el pueblo y buena parte del territorio de la comuna fue comprado a *precio de buevo*. Se instalaron en una época en que todo les era permitido y muy poco se les exigía. La gente, con la esperanza de encontrar trabajo, *agachó el moño*, se ilusionó y confió en que sus autoridades tomarían cartas en el asunto si fuera necesario.

Una crisis económica mundial llevó a que las mineras cerraran sus puertas por un par de años y la

poca gente del pueblo –muchos habían emigrado- tuvo que conformarse una vez más y salir a buscar trabajo al campo y los que no habían vendido sus herramientas se fueron a los cerros y quebradas a buscar algunas pepitas para sobrevivir. Poco fue lo que hallaron porque las empresas ya habían explotado casi todo el mineral.

Cuando empezó el tercer milenio volvieron las mineras con más fuerza. Ahora la situación económica había mejorado y las nuevas tecnologías permitían encontrar oro y otros minerales caros en lugares donde antes parecía no haberlos. Llegaron con gran despliegue, con maquinarias nunca antes vistas por esos lados, ofrecieron ampliar los caminos para avanzar con sus proyectos, contrataron a cientos de trabajadores, ocuparon las casas para alojar a los que venían de lejos, generaron nuevos ingresos en restaurantes, botillerías, bares e incluso -cómo no- hasta las *chiquillas* tuvieron pega de nuevo (sí, de esa bien antigua).

Una verdadera fiesta parecía la llegada de las empresas extranjeras. Camiones enormes, camionetas nuevas y veloces, mucha actividad, febril actividad que afectaba a todos, a los simples vecinos, a las autoridades, a los comerciantes, a todos les llegaba un rayito de este nuevo sol. Había contaminación, decían los críticos, los impactos ambientales, la zona saturada, denunciaban, pero el pueblo tenía trabajo, qué más querían.

Así pasó rápido el tiempo y todos vivían en la

paz del trabajo, hay pega, hay paga; hay plata, estamos bien. Parecían ser las ecuaciones simples que hasta un mocoso de ocho años podría resolver favorablemente. Pero como alguien ha dicho por ahí: “tanto va el cántaro al agua que al final se acaba el agua” y fue el mismo canal oficial de televisión que informó a todos los vecinos: “Exploraciones mineras de tipo satelital indican que yacimientos auríferos de grandes proporciones se hallan en todo el casco urbano de nuestra comuna”. Después de mostrar algunas imágenes que no se entendían sin una explicación, el locutor del “noticiero” añadió a modo de conclusión: “Nuestro pueblo minero no está en venta, pero las empresas que ya están emplazadas aquí y probablemente otras se disponen a hacer ofertas a todos los vecinos para que vendan sus propiedades”.

-“O sea, esto va a ser como Chuqui”, dijo un viejo que veía la tele en uno de los bares de la calle Urmeneta.

-¿Cómo tío?, preguntó un joven medio avisado. ¿Qué pasó en Chuqui?

- La empresa sacó a toda la gente de la ciudad porque había que explotar el cobre que estaba debajo de las casas. ¿Y la gente se fue? No se fue por su voluntad, la sacaron a la fuerza, si además eso no era de ellos, era de la empresa y tuvieron que salir no más. Ya, pero aquí es de nosotros, yo si quiero vendo y si no quiero, no vendo nomás.

La oficina compradora de propiedades se

instaló en una de las esquinas de la Plaza de Armas, entre una iglesia y el edificio consistorial. Hasta allí empezaron a llegar los viejos dueños de casas del casco urbano. La oferta era muy buena, el metro cuadrado más caro de toda la región y más encima les ofrecían una casa nueva en un barrio de clase media de La Serena. Vivir en la capital regional era el sueño de muchos vecinos, no lo decían pero lo sentían, y si no era el gusto de los viejos, era de los más jóvenes. “Nos vamos no más, papá, con la plata de la venta *podís* comprarte un auto pa’ colectivo o instalamos un negocito y de paso *pagai* la Universidad”, era la frase cliché de muchos jóvenes para convencer a sus progenitores.

Así fueron comprando las mineras cada metro cuadrado del pueblo y a los pocos días de hecha la venta llegaban las máquinas, echaban abajo toda construcción, dejaban el terreno plano y ponían banderolas indicando obras, faenas, marcas topográficas, curvas de nivel, quizás que carajo querían decir esas señales del oro, pero todo el mundo entendía una cosa: de aquí nos vamos todos, esto se acabó.

- No todos, dijo el padre Juan. Yo no me voy, tengo apoyo del arzobispo y hasta del Papa me consigo apoyo si es necesario.

No fue necesario el apoyo pontificio, detrás del cura se formó la alianza planetaria, desde los ecologistas más famosos hasta la modesta “Mesa Verde del Desierto” se unieron en defensa de este pueblo

centenario. Una gran pancarta en la fachada de la iglesia mayor rezaba: “Ni por todo el oro del mundo. La tradición y la fe no se venden”.

Pero la gente siguió vendiendo sus propiedades, si al principio se resistieron luego fueron cediendo porque sus vecinos, amigos y familiares ya se habían ido. De pronto, cuando un grupo de resistentes se reunió en la iglesia, uno de los vecinos dijo: - yo me voy porque ya no tenemos dónde comprar nada, se fue la señora del almacén, se fueron los de la botillería, vendieron hasta la panadería, ¿qué podemos hacer?

- ¿Y si le preguntamos al alcalde? Yo oí que la autoridad va a poner un kiosco con todo lo básico para apoyar a la gente que no quiere irse. Sí, pero eso ¿cuánto va a durar? Yo oí que el alcalde ya vendió su casa y que está negociando el terreno municipal. Bueno, el alcalde en verdad nunca vivió aquí, venía para las reuniones y se lo pasaba viajando, además siempre tuvo casa en la capital.

Y ahí se quedaron parlotando un rato a la espera de una palabra salvadora del cura, de la periodista verde Gina Labra, una uruguaya que se acercó por estos lados de puro enamorada, o de la señora Lucía, la presidenta de la Unión comunal de juntas de vecinos. Pero nadie tenía luz en su verbo y el pesimismo cundía al igual que las extensas áreas que eran apropiadas, demarcadas y aplanadas por las mineras.

Ese 18 fue el más triste de toda la historia del

pueblo. No hubo fiesta, ni ramada ni fonda, ni rodeo ni corridas a la chilena, nada. Y tantísimo que habían hablado de la Patria para el bicentenario. Los pocos vecinos que quedaban asistieron impávidos a la demolición del edificio consistorial. Expertos en explosivos colocaron sus cargas en distintos puntos de la construcción y en cuestión de segundos todo se vino abajo. Eso fue el 15 y una semana después, con la entrada de la primavera, no quedaban rastros de nada. El terreno que ahora estaba en poder de las mineras era todo el sector sur, desde la plaza hasta el parque – estos nombres ahora eran sólo referencias de la memoria- y desde el cementerio por el este (que *rejuraron* que no sería movido) hasta los cerros por el oeste.

- ¿Ustedes creen que va a pasar lo mismo con las iglesias?, preguntó el cura a los vecinos que miraban la demolición de la Municipalidad. No, eso no va a pasar nunca porque tengo al arzobispo de mi lado, respondió el mismo. Sí, padrecito, pero así como van las cosas creo que va a hacer falta el apoyo de Roma, dijo uno de los mirones. Y otro propuso, padre y ¿qué le parece si hacemos entre la fiesta chica y la fiesta grande una campaña mundial? Sí padre, apoyó otro, si usted quiere podemos entrar en huelga de hambre, hacer una resistencia pacífica pero no nos podemos quedar de brazos cruzados. Voy a pensarlo, dijo el sacerdote, voy a pensarlo. Y se retiró lleno de dudas. Por primera vez sintió que sus queridas iglesias podrían ser derribadas por la fuerza del oro. Recordó entonces una frase

devota: “La fe mueve montañas” pero pensó que ahora en realidad era el dinero que estaba moviendo montañas y desplazando pueblos completos, incluyendo monumentos nacionales, edificios que formaban no sólo parte del patrimonio arquitectónico sino que eran el soporte del alma de un pueblo, soporte sin el cual ya nada sería igual.

Su tristeza se completó al llegar a su oficina. Leyó entonces un mensaje electrónico que venía desde La Serena. En pocas palabras, como se suelen informar las malas noticias, el obispo le decía: “Padre Juan. Vaya preparándose, Roma dice que oferta minera es inmejorable. Crisis financiera mundial obliga a sacrificar algunos activos. Tómelo como un gesto solidario”. Reverendo Tomás Hipólito Cook.

Decidió entonces que convocaría a la despedida final, una fiesta de tres meses, entre octubre y diciembre -que además incluía el mes de María- en el que todos los fines de semana y todos los días si era necesario se celebrarían bailes religiosos y la imagen de la Chinita sería llevada desde un templo a otro hasta fin de año. Vendrían como siempre peregrinos desde todas partes y ahora con mayor razón ésta sería una fiesta inolvidable.

Fue entonces que Gina Labra entró en acción. Contactó a toda su red de amistades y abrió un sitio especial en la telaraña digital: www.noaloro_siadios.cl. Algo ambiguo su nombre, pero los que estaban de su lado lo entendían bien, los otros eran unos interesados

que siempre veían las cosas a su favor. La periodista se dedicó plenamente a la tarea de hacer la fiesta religiosa más grande del mundo, no con el ánimo de entrar al libro de récord, sino porque en el fondo de su corazón, así como en el de decenas de personas que aún quedaban en el pueblo, estaba la esperanza de revertir el proceso.

El primer domingo de octubre de ese año las expectativas de todos fueron superadas. Llegaron los peregrinos por miles, desde Argentina, Bolivia, Perú y otros países de la región. Y de todas partes de Chile. Chinos, danzantes y turbantes desfilaban como nunca, con la fe que mueve montañas y con la idea fija de que el que baila, reza tres veces. También subieron los comerciantes de todo tipo, incluidos los de noticias, entrevistas y reportajes especiales. Hasta equipos de cine anduvieron aprovechando esas “imágenes maravillosas”, según repetía un afeminado director que indicaba a un camarógrafo para que hiciera esas tomas.

- “Lindo, no te pierdas eso, mira esa viejita qué tierna, y mira esos niños, y el perrito, qué *monono*, no te pierdas ni un detalle. Toma todo, no te fijes en gastos, lo digital es barato”.

En octubre y noviembre la fiesta se replicó en un *in crescendo* todos los domingos, pero en diciembre se extendió a todos los días. Subían y bajaban peregrinos, gente devota, de mucha fe, algunos todavía subían los cerros a pie desde las ciudades y pueblos cercanos. Otros iban en sus propios vehículos, desde modernos todo terreno hasta cacharros que se

quedaban a medio camino y sólo podían hacer el regreso porque era de bajada. También llegaban los curiosos, todo tipo de turistas chilenos y extranjeros. En los descansos entre los bailes algunos viejos contaban sus historias de “grandes eventos”, unos decían que habían estado en Berlín para la derribada del muro, otros en Nueva York para las torres gemelas. Los más modestos decían que habían estado en Chuqui para la fiesta final y que ahora estarían en cualquier evento similar. “Te *imaiginai* que descubran oro en Isla de Pascua, demás que se acaba el turismo”. “O que en la Antártica encuentren unos pocitos de petróleo. *Pa'* qué queremos tanto hielo, si lo que falta es energía, agua tenemos demás”, decían otros turistas.

Se acercaba el gran final y las presiones seguían creciendo. Cartas al presidente, manifestaciones frente al palacio de gobierno, ocupaciones de las embajadas de los países inversionistas. En fin, programas especiales en los multimedios. Pero nada parecía revertir el proceso de compra del pueblo. En verdad, ya todas las compras estaban hechas y si quedaba un par de viejas que convencer; sería parecido a lo que pasó con las mapuches del alto Bío Bío que terminaron vendiendo igual a las hidroeléctricas.

El 26 de diciembre el padre Juan inició sus palabras en la misa del mediodía con algo que pocos entendieron: “Perdóname Padre porque he pecado”. “Perdónanos señor, te rogamos”, respondió la masa automáticamente. Y en seguida el cura los hizo sentar.

“¿Qué es más fuerte? ¿La fe o la ambición; el espíritu o la materia; el oro o Dios, nuestro Señor?” Por un momento el silencio fue total. Todos querían oír la respuesta, no una respuesta sino *la* respuesta, la única, la del dogma. Gina y la señora Lucía miraban al padre desde un costado de la iglesia, también ellas querían oír una palabra de aliento, una gracia, un regalo divino. Pero el padre no dijo lo que casi todos esperaban. Al contrario, lamentó que los nuevos tiempos no eran de lo mejor: “En estos tres meses en que hemos estado despidiendo a nuestro querido pueblo han subido hasta aquí cientos de miles de personas, no es una exageración, en estos casi 40 días la fe ha sido desbordante, los bailes fueron magníficos, los cánticos, las oraciones, todo nos ha conmovido. Pero nos afectó a nosotros mismos y no a quienes queríamos persuadir, a quienes necesitábamos convencer. Ellos no van a cambiar. El oro ha vencido. La fe ha sido derrotada”.

El padre hablaba con tranquilidad, como hablan los curitas, con voz grave, con muy buena modulación, se le entendía todo, pero algo no funcionaba en su prédica. Algo andaba mal y no convencía. El silencio se estiraba en la amplia nave del gran templo, afuera no había más bailes, ni los comerciantes voceaban sus productos, todo el pueblo allí congregado en la explanada de la plaza, quería oír desde los alto parlantes la palabra de dios por boca del señor cura. Pero oyeron solamente al religioso, dios los había abandonado, el terreno de las dos iglesias ya

había sido vendido y lo más seguro es que al inicio del próximo año todo el pueblo sería nada más que un desértico paisaje, un territorio valioso por su mineral, un yacimiento. Pronto los especialistas empezaría a colocar cargas para que en un tricolor patrio se desplegasen los humos del bautizo de la mina de oro a rajo abierto más grande del mundo. No, claro, nada de esto dijo el cura ese día, se limitó a reconocer que habían sido derrotados por esta nueva fiebre del oro y que desde las más altas autoridades se buscaría el mejor sitio para reconstruir una iglesia tan grande como ésta que ahora nos cobija. Nos llevamos la Chinita a una nueva casa.

La última fiesta llegó a su fin a media tarde, cuando el cielo de pronto oscureció y por extraño que pareciere para esa época de inicio del estío, amenazaba con llover. A pocos metros de la iglesia mayor se levantaba una enorme pila de basuras, era como un cerro nuevo dejado allí por estos portadores de la fe. Plásticos, papeles, cartones, vidrio, cera, materiales nobles e innobles que daban forma a banderolas, gorros, vestidos y pantalones, calendarios, afiches, botellas (oh, cuántas botellas) y cajas de líquidos diversos, velas, velones y cirios a medio quemar. Se acumulaban ahora ahí como muestra de la grandiosidad de las fiestas. Eran los residuos sólidos de esta despedida, los desechos de un adiós de cuarenta días y unas cuantas noches.

Cuando una caravana de camiones terminaba

de cargar todas las figuras de santos y vírgenes, especialmente la de la Chinita, empezó la llovizna. Suave y refrescante para esas masas afligidas en la hora del adiós, cansados de tanto danzar, agotados de tanto sufrir. “Hasta el cielo está llorando”, repetían los más crédulos. “El cielo llora pero el milagro no llega”, exclamaba otro que ya daba todo por perdido. Los feligreses aceleraron sus pasos y se refugiaron en sus vehículos, tenían que apurarse para pasar delante de los camiones antes que se cerrase el camino y las peligrosas curvas impidiesen cualquier adelantamiento.

La lluvia se intensificó, el cielo se oscureció más aún y el pueblo empezaba a quedar vacío. A lo lejos se veían las luces de las faenas mineras. De pronto se inició una tormenta eléctrica y a los pocos minutos el pueblo entero quedó a oscuras, un rayo había destruido parcialmente la pequeña estación de energía. La lluvia seguía cayendo copiosamente y a ratos el cielo se iluminaba por un relámpago.

Todos se habían retirado. Del padre Juan quedaba sólo el recuerdo amargo de sus palabras finales: derrota, nueva fiebre del oro, reconstruir la iglesia. De la periodista uruguaya nadie ya se recordaría porque fueron infructuosos todos sus esfuerzos e inútiles todos sus contactos; de nada sirvieron la telaraña informativa, la alianza universal, y tanta palabrería hueca que se dijo en mítines, reuniones, asambleas, talleres, etc. De la señora Lucía quedaban dudas, sólo dudas. Los mal pensados siempre decían que ella trabajaba para el

enemigo porque sus familiares eran empleados de las mineras.

Al día siguiente, todo el llano que era antiguamente el pueblo y en el que ahora sólo destacaban las dos iglesias y el cerro de basura, era un gran barrial. Los explosivistas que pretendían echar abajo esas edificaciones, dijeron que no era seguro trabajar en esas condiciones y decidieron esperar un día más.

Ese nuevo día nunca llegó porque desde Londres se supo la noticia que el precio del oro había caído, en menos de 48 horas, a sus niveles más bajos en los últimos 50 años y que ya no era un negocio seguro. La gigantesca espiral ya no sería abierta. La obra estaba suspendida sin plazos.

De Cerrillos a Marsella

Ese día la rutina se me presentaba insistente, acariciándome el lóbulo izquierdo en la forma de sabañón. Me picaba harto la oreja cuando me senté en el microbús. Hacía lo posible por no rascarme. ¿Me rasco o no me rasco?, era mi duda, al estilo de Hamlet, que me repetía y representaba mi máxima preocupación existencial mientras me dirigía a la oficina.

De pronto la vi. No había más lóbulo ni oreja, ni sabañón ni fría mañana santiaguina, ni Camino a Melipilla rumbo al centro de la ciudad. Ni smog hubo entonces, porque su imagen cambió el aire, cambió el sentido del tránsito y aclaró la débil luz matinal. Ahí estaba yo en Marsella, respirando su aire marino y oyendo acentos árabes, franceses, latinos.

La vi por detrás y como estaba sentada sólo distinguía por rápidos intervalos su nuca, sus hombros y parte de su perfil. Pero era ella, ¿qué duda podía tener?

Era su pelo rubio liso y corto, su cabeza pequeña, la piel blanca. Podía ver su mandíbula y también por segundos alcanzaba a percibir su ropa y había ahí otro fuerte indicio: su típico estilo artesanal, la tosca tela de los pantalones, los zapatos varoniles, los calcetines de lana cruda.

Mi emoción era fuerte. Habían pasado tantos años desde que nos despedimos en un aeropuerto europeo. Nuestro amor había sido fugaz pero de una intensidad irrepetible. Después de un momento de perplejidad me levanté y me senté justo atrás de ella porque el asiento vecino estaba ocupado. La seguía observando mientras el micro avanzaba por calle Buzeta en dirección al Matadero. Quería hablarle, pero temía descubrir que no fuera ella. Pensándolo bien, ¿qué podría estar haciendo la Gringa en ese micro en Santiago de Chile?

De ser ella, en realidad sólo podría estar allí buscándome, tratando de rehacer nuestro bello idilio. Tal vez, finalmente, se había decidido a recuperarlo todo, renunciando a su país a cambio de un gran amor como el que vivimos sobre la costa del Mediterráneo.

Durante mis años de aventura, en los que recorrí varios países, los paisajes más bellos que encontré estaban allí en el sur de Francia, junto a los buenos vinos, a los platos exquisitos de esa cocina que parecía mezclar todos los sabores del mundo. Allí, junto al aire marino, viví ese amor que hacía sentir a los demás apenas como relaciones necesarias para combatir la soledad.

La Gringa era una mujer especial. Quizás por su madurez, -me aventajaba en algunos años- pudo enseñarme la dicha de la entrega; contagiarme el entusiasmo diario del amor; dosificar la necesaria cuota de tranquilidad en cada momento de la relación, sin miedo a las consecuencias, sin temor a lo que vendría. Pero como todo lo bello, nuestro romance tuvo su fin y las razones de la distancia no vienen al caso recordarlas ahora que estaba tan cerca de ella nuevamente.

Sin proponérmelo, sin desearlo siquiera, estaba ahora a sólo unos metros de la mujer que más había amado en mi vida y a quien podría amar por el resto de mis días, con la certeza de que jamás conocería a alguien como ella. El micro se había transformado en un espacio móvil, algo que siempre fue pero que yo ahora valoraba distinto. Me permitía un traslado diferente, ya no la rutina de la casa a la oficina o ese regreso cotidiano sino que parecía un viaje en el tiempo, el retorno a un pasado pero en un espacio nuevo, un momento único que jamás había imaginado. Mi corazón aceleraba su ritmo y mis sentidos querían volver a captar la realidad.

Al llegar a la Alameda se bajaron varios pasajeros y se desocupó el asiento a su lado. Pensé sentarme con ella y cuando había juntado fuerzas para la acción ella se levantó en busca de la puerta de salida.

- Gringa..., le dije frente a frente con voz baja y casi inaudible. ¿Eres tú?

Me había bastado decir eso para darme cuenta de que no era ella. La mujer se quedó mirando fijamente y en sus ojos había un aire de ternura similar al de la Gringa. Sus rasgos eran europeos, tenía incluso los once años que habían pasado sin vernos.

- Perdone, señora, la confundí con otra persona, agregué con más fuerza ante su silencio.

Fue todo lo que pude decir. En pocos segundos había experimentado la euforia por la ocasión de encontrarla y luego la profunda decepción al descubrir que era sólo un sueño, una fantasía sin sentido. Derrotado y bajo el peso de la tristeza volví a sentarme. Ahora, fugazmente veía a la gente, sus ceños fruncidos, los audífonos, las bufandas sobrias, las caras de pocos amigos, el rostro de Santiago hecho personas; oía los cientos de motores empujando autos, micros y todo tipo de vehículos en las direcciones más diversas; sentía el día a día, dentro y fuera de mí, sin temor ni alegría. Una densa capa de indiferencia y monotonía cubría la ciudad como siempre.

Pero mi intuición me decía que no todo estaba perdido. Mis ojos buscaron la vereda en la que ella estaba ahora, parada, observándome, justo frente a mi ventana. De pronto vi que la mujer intentaba decirme algo:

- ¡Ariel! ¿Eres tú?

Me lanzó un beso estirando los labios. Una lágrima rodó por su mejilla. En sus claros ojos se había instalado otra vez la ternura, una resignada e infinita

ternura. Entonces la micro avanzó dejándola parada en la Alameda. Con el cuello torcido la miré mientras pude y de repente desapareció. Tenía dos posibilidades, sólo dos alternativas: bajar corriendo y abrazarla para el resto de mi vida o seguir mi rutina.

Sentí que de nuevo me picaba la oreja. Decidí esta vez rascarme sin contemplaciones y echar un par de garabatos contra el porfiado sabañón. Miré el reloj que marcaba las 8.20, tenía el tiempo justo para llegar, como era mi costumbre, puntualmente al trabajo.

Nunca había llegado tarde a la *pega* y ésa no sería mi primera vez.

La trinchera de la deshonra

Pulgarcito era el apodo con que se conocía en el barrio de Buzeta a Juan Domingo Albornoz, un robusto ex deportista que en sus años mozos había sido arquero profesional de uno de los equipos de primera división. La carrera del futbolista, a quien se admiraba no sólo por su metro noventa, muy raro en aquellos años, sino por su destreza bajo los tres palos, fue breve porque su debilidad era el alcohol: bebía hasta perder el control y en ocasiones provocaba riñas descomunales con lesionados y detenidos. Algunas de esas memorables trifulcas se producían en cantinas de mala muerte, otras en prostíbulos y también en las calles de Buzeta, un barrio vecino al antiguo aeropuerto internacional.

Por las calles de esa población, a veces en algún boliche o en alguna plaza o esquina, se juntaban grupos de hombres formados en los códigos de la miseria. La vida para ellos no valía mucho, pero no estaban

dispuestos a regalarla y si se sentían agredidos estaban preparados para defenderse con todas las armas a su alcance: un cuchillo, una piedra, los restos de una botella y también, como tácticas, la traición y la sorpresa.

Un día de primavera Pulgarcito parecía estar muy activo sexualmente. Sin mujer que lo soportase y sin plata para una prostituta, con unos cuantos tragos en el cuerpo, una tarde de domingo su instinto lo llevó a cometer un acto salvaje. Retuvo con malas artes (la oferta de un trago de vino) a un hombrecito que se ganaba la vida con pequeñas tareas por las cuales recibía como pago, generalmente, un plato de comida y un pencazo de tinto. El *maestrito* golpeaba las puertas de las casas y preguntaba con el máximo de humildad: ¿patrona, tiene alguna peguita? Con trabajo o sin él, los vecinos se compadecían de este pequeño hombre – cuya estatura no llegaba al metro y medio- y le regalaban un pan o, con suerte, un plato de comida.

El ex deportista llevó al *maestrito* a una enorme zanja que se había cavado en la calle Valparaíso para la instalación de la red de alcantarillas. “Allá tengo una botella”, le había dicho. Una vez en el surco procedió a amenazarlo con un cuchillo y con golpes de pies y puños lo obligó a desnudarse para luego violarlo, su virilidad era quizás lo único cercano a la dignidad que quedaba en la vida del *maestrito*: un vagabundo analfabeto y muerto de hambre como miles de otros que circulaban por la ciudad.

Desde la zanja de la deshonra al depósito de

licores de don Ramón había solamente una distancia de 300 metros y hasta allí llegó el maestríto a duras penas, mordiéndolo su rabia, su impotencia y su dolor.

- Taita, póngame una caña, pero le digo al tiro que no tengo plata y que no se la voy a pagar porque después voy hacer una *cagá* y no creo que vuelva muy luego.

- *¿Questai* hablando hombre?, le respondió con su sequedad de costumbre el abuelo Segundo, padre de Ramón, a quien todo el mundo trataba con respeto en ese comercio en que sólo se podía comprar vino, chicha y gaseosas para llevar pero no se podía consumir. Por lo mismo cualquier consumo era muy rápido, nada de saborear el mosto ni de sentir el aroma dulce de la chicha fresca, había simplemente que tragar como quien se dopa o se droga, siempre en acciones fugaces, casi repentinas.

- Póngame un trago, Taita, rogó el hombre esta vez.

- Tá bien, tá bien, mejor tómate un trago y no *hablís* leseras, después nos arreglamos.

- Gracias, Taitita, ya lo va a saber, ya lo va a saber, se limitó a decir el maestríto cuando terminó de consumir su caña, extraída de un chuico de quince litros que se guardaba acostado junto a otras decenas de chuicos y damajuanas y algunas pocas botellas con corcho, un lujo de aquella época para los consumidores de *litreado* a granel, el que se vendía en botellas usadas o en jarros de vidrio porque ni siquiera el plástico hacía su aparición en esos barrios en esa época.

En los 300 metros de vuelta, el maestríto caminó cabizbajo, no por su vergüenza sino por su venganza: buscaba una buena piedra. La encontró casi al llegar a la zanja, la sopesó en una mano como calculando el daño que podría causar con ella. Luego extrajo de uno de los bolsillos de su pantalón un pedazo de trapo que bien podía ser una suerte de toalla o un mantel o una bufanda. Acomodó la piedra en el centro de la tela y la envolvió con cuidado y luego trenzó el trapo de modo que la piedra no pudiera caerse. Ensayó su arma letal moviéndola de lado a lado y dando un golpe a un imaginario enemigo.

Con sigilo entró a la zanja, -para él ahora una trinchera- y como lo suponía vio a Pulgarcito dormido. Se acercó lentamente y, sin hacer ruido, balanceó su arma y cuando estuvo seguro de la distancia necesaria, golpeó a su violador en la cabeza. El ex deportista alcanzó a abrir los ojos entre el primer y el segundo golpe, pero no dijo nada. Tampoco el *maestríto* habló pero volvió a golpear con la piedra enfundada y ya con manchas de sangre en la tela. Seguro de haber dado muerte a su victimario, el hombrecillo respiró hondo, soltó la piedra a los pies de Pulgarcito y después de escupirlo sonrió con un gesto de locura, sin mostrar los dientes. Casi en susurro dijo: “Así te quería ver, *conchas grande de tu maire...*”

El *maestríto* volvió a caminar los 300 metros hacia el depósito de don Ramón y si alguien lo hubiese visto habría dicho que parecía normal, no lucía como

un asesino cruel o sanguinario ni como un miserable arrepentido. Al llegar al boliche, como siempre lo hacía, levantó apenas la mirada y pidió, con toda la humildad posible, otra caña de tinto.

- Ya Taitita, ahora póngame otra cañita, mire que maté a Pulgarcito y me voy a entregar a los *pacos*. Sea *güeno* conmigo, no lo voy a fregar en mucho tiempo más.

- No sé de que *estai* hablando, chicoco, pero te pongo otra caña para que no *sigai* molestando. Y esta es la última de hoy, después me *pagai*.

Cuando el *maestrito* se entregó al cuartel de policía más cercano, a unas 10 cuadras del lugar del crimen, los carabineros no le creyeron. Lo trataron de borracho, de mentiroso, le echaron varias tallas como “*Vos pob*, el perro con más pulgas”, o “La oveja con más lana”. Pero insistió en su versión y convenció a la policía para que lo acompañaran hasta la zanja de la calle Valparaíso.

Después de la diligencia policial, el *maestrito* volvió esposado al cuartel a bordo de un vehículo patrullero pintado de blanco y negro conocido popularmente como “Juanita”. A esa hora, ya casi de noche, había llegado el oficial encargado quien interrogó al homicida. El *maestrito* contó todo lo que había ocurrido desde el momento en que Pulgarcito lo había invitado a tomarse un pencazo en la zanja del alcantarillado. La policía lo dejó retenido para llevarlo al día siguiente frente a un juez.

El juez -un septuagenario calvo, tez aceitunada,

nariz aguileña y mirada oblicua- leyó los antecedentes de la policía y en su fuero íntimo se hizo su idea del caso: si tuviese que dictaminar en ese mismo momento no habría dudado en sentenciar la pena de muerte. No por el crimen mismo, ni menos aún como reparación del daño causado (el cual a su juicio no era tal), sino en vistas al acusado. La sentencia tendría dos efectos: deshacerse de un criminal desalmado, de un hombre sin ningún valor, de un antisocial que nadie echaría de menos y, al mismo tiempo, mantener el miedo en otros seres de esa calaña.

Pero antes de cualquier condena el juez debía procesarlo y había que partir por lo más simple:

- ¿Cuál es tu nombre?

- No sé usía, no tengo nombre, respondió el maestríto.

- ¿Qué dice el parte?, consultó entonces a otro funcionario.

- Aquí no dice nada, Usía, el único nombre que hay es el alias de “Maestríto”.

- ¿Cómo se llaman tus padres, entonces?

- No tengo, Usía, murieron cuando era chico y me crió una abuela que murió también hace mucho tiempo y me acuerdo que me decía “mijo”, no más.

- Bueno, si no tienes nombre ni documento de identificación yo te voy a bautizar, resolvió el Juez. De ahora en adelante te vas a llamar Luis Emilio Recabarren Recabarren. Anótese y regístrese, dictaminó mirando al secretario.

- Gracias, señor Juez, se atrevió a decir el reo, ignorante de la marca política de su bautismo.

El abogado defensor del *maestrillo* declaró a los diarios que su defendido era un verdadero David que, cegado por su virilidad deshonrada, había dado muerte a un desalmado Goliat y que como autor confeso del crimen debía recibir una breve condena.

El día que Luis Emilio conoció su sentencia, de cinco años y un día, ya se había cumplido la mitad de la misma y gracias a los oficios de un abogado joven consiguió salir rápidamente en libertad porque pudo acogerse a un beneficio por tener buena conducta y haber sido primerizo. Su libertad no dejó de ser un nuevo trauma para este hombre que, acostumbrado en la cárcel a un techo, un plato de comida, una actividad laboral, como ayudante de carpintero, y un reglamento que cumplir, de pronto se vio en la calle, sin trabajo, sin casa, sin familia y sin nada que hacer sino deambular por las calles.

Así fue como llegó de vuelta al barrio de Buzeta. Allí todo seguía igual, las mismas calles y casas, la misma gente y el depósito de licores fue el lugar que mejor conocía.

- Vengo a pagarle mi deuda de trago porque la otra ya la pagué, le dijo al Taita, quien lo miró con desconcierto.

- Hombre, qué te habías hecho. No te preocupes por la deuda chica porque la grande era la importante. Si quieres que este negocio se mantenga, pide un trago y

yo te lo sirvo, pero puedes sentarte porque ahora tenemos patente para atender al público.

- Ya pos Taitita, sírvame una cañita de tinto, mire que en la cana aprendí muchas cosas, pero no me enseñaron a dejar el trago.

Sentado a una de las mesas del nuevo Bar El Cante -en homenaje a uno de los principales clientes y chofer de taxi del barrio- Luis Emilio invitó con un trago a muchos de los parroquianos de ese rincón de Santiago. A ellos les contaba su versión de los hechos que lo llevaron a estar encarcelado. Decía siempre que la pelea entre el grande y el chico fue motivada por trago, porque Pulgarcito le había robado una botella de vino y él en la trifulca le había dado un golpe mortal con una piedra. Pocos le creían, pero nadie lo cuestionaba. Total, él estaba invitando.

A los pocos días de su regreso al barrio el maestrillo Luis o Maestro Lucho, como le gustaba ahora que le dijeran, se había tomado la poca plata que ahorró en la cárcel. Volvió a pedir algún trabajo y aunque tenía más oficio que antes sólo conseguía pequeñas tareas mal remuneradas. Cuenta la leyenda que en los últimos años de su corta vida estaba más flojo que antes y que ahora además se había puesto ladrón: cuando alguna vecina de buen corazón le ofrecía un plato de sopa o de fideos, él comía con desesperación y, sin que la mujer se diera cuenta, le robaba la cuchara o el plato.

Un diccionario del amor

Maritza estuvo media hora en la librería más grande de Río de Janeiro, recorriendo estantes, pasillos y pisos en busca de un libro de despedida, un ejemplar que aunque no fuese único marcara la diferencia con los anteriores volúmenes que había regalado. Dada su indecisión necesitó la ayuda de un vendedor. ¿Para quién es el regalo?, se atrevió a preguntar el muchacho, que hace rato se sentía atraído por aquella mujer voluptuosa. Es para mí... para un amigo que es más que un amigo, respondió. Y su amigo, ¿es profesional, tiene alguna inclinación en sus lecturas? Sí, en realidad es un estudiante que muy pronto será profesor. Profesor de... de Historia. Tenemos muchos títulos sobre Historia, ¿ya vio esa sección? Vi, pero no encontré nada que me convenza. Mi amigo es muy exigente y además es extranjero, sabe. Es argentino. Argentino... y ¿lleva mucho tiempo en Brasil? ¿Habla

bien el portugués? Habla bien, muy bien, pero él dice que quiere mejorarlo; siente que le falta mucho por aprender. Entonces, tenemos el libro perfecto. Un diccionario portugués-portugués, el *Gran Aurelio*.

A medida que avanzaba por ese pasillo, el corazón de Francisco latía cada vez más rápido. Salía del elevador y la emoción lo cogía por completo. Ese verdadero túnel, semi oscuro, era tan impersonal como puede ser un pasillo de un edificio de más de 10 pisos y de más de veinte apartamentos por nivel. Si alguien salía desde una puerta no importaba porque todos eran seres intrascendentes, sin ninguna relación con sus prójimos. Cuando tocaba la campanilla del 412 su cuerpo era un solo músculo, tenso. De pronto la puerta se abría y era como succionado hacia adentro. Una luz muy suave lo esperaba y detrás de la puerta sentía el abrazo ardiente de aquella mujer. Ella vestía siempre un atuendo diferente, pero lo común era la escasez de ropa. A veces apenas vestía un sostén pequeño y un portaliqas. Otras veces era un camisón transparente y nada más. Su cuerpo tenía una piel blanca, muy blanca, tersa y suave.

En esos minutos iniciales él sentía que estaba a punto de fallecer, pero antes que él pudiese desvestirse, ella se desprendía entonces del hombre y le susurraba que esperase, mientras colocaba música, siempre una canción nueva, melodías suaves, cantadas, románticas y a veces excitantes. A veces era María Rita o Gal Costa,

otras Caetano o Marisa Montes, en fin, música en portugués que le daba al ambiente un toque especial. Y luego, la pareja se daba al amor o a algo parecido. Eran amantes que se veían de vez en cuando, sin una periodicidad determinada. No había plan ni metas, pero el deseo era sagrado entre ellos, el placer era espontáneo siempre que se juntaban. Y no se medían, no se controlaban, sino que se entregaban, se daban el todo por el todo. Como si el mundo fuese a acabar después del próximo clímax.

Esta noche era diferente. Ella sí tenía planes: quería decir adiós a este hombre que tanto placer le daba.

Tengo algo para ti, dijo Maritza en el primer descanso. Es un regalo, espero que te guste. Me costó mucho encontrarlo.

Francisco abrió el paquete con un presentimiento. Pensaba que era algo comprometedor y la sola idea le desagradaba porque nunca se había sentido presionado por esta *amante de primera*, como solía llamarla.

Ella sabía que era un hombre casado y feliz. Si ambos se encontraban era simplemente porque entre ellos surgió una irresistible atracción en la sala de clases de la universidad. Durante casi un año se habían estado encontrando y esta relación no había alterado en nada la vida matrimonial de Francisco. Ella lo había entendido así. Él mismo había intentado explicar la situación aludiendo a una peregrina teoría inventada por un chileno acerca de los amores tácticos y los amores estratégicos. Su esposa era un amor estratégico

y sus amantes eran la táctica, necesaria, se argumentaba, para avanzar en lo fundamental, para preservar lo más importante.

El diccionario *Gran Aurelio* quedó a la vista de Francisco y entonces pudo ver una pequeña nota con la caligrafía inconfundible de Maritza. En pocas palabras ella le decía que había llegado el fin de la relación. Agradecía por todos los bellos momentos y le pedía que nunca la olvidara. Como recuerdo de esta pasión, le pedía que guardara el libro de todas las palabras. Amor, Deseo, Vida, Pasión, Poesía, Lujuria, Placer, Ternura, Ilusión. Mezcladas de Distancia, Exilio, Muerte, Tortura, Pobreza, Maldición, Dolor, Odio, Adiós.

Luego de algunos segundos de silencio en que hojeaba el gran libro, Francisco sacó apenas el habla: No puedo aceptar este regalo.

Estaba sorprendido y apenado. Ciertamente no esperaba que fuera ella quien pusiera fin a esta relación. Estaba acostumbrado a pronunciar él las palabras de despedida. Era su sino dejar llorando a sus mujeres... Sabía que era un machista de mierda y no se sentía mal por ello, pues la vida se le presentaba así, sonriendo con la multiplicación de los orgasmos.

¿Por qué? ¿Es por el regalo o es por la despedida? ¿Qué pasa?, dijo ella en tono de franca interrogante. Francisco explicó que no podría llegar con ese libro a su casa porque era muy caro, representaba más de 50 por ciento de sus ingresos

mensuales, una beca de estudiante, y su mujer sospecharía. Dejaron el libro sobre un velador y volvieron a su principal práctica: acariciarse sin límites, haciendo el amor sin amor pero con mucho afecto o con mucho efecto, quizás. En el siguiente descanso, el ché Francisco propuso una solución al frustrado regalo de despedida. Vuelve a la librería y cambia este diccionario por unos diez o más libros equivalentes al dinero que gastaste. Yo puedo llevar un libro a casa de vez en cuando. Vendré a buscarlo o me lo llevarás a la universidad. ¿Qué te parece? Sí, está bien. No te preocupes, volveré a la librería y haré el cambio. ¿Qué libros prefieres? Los que tú quieras, ya sabes como soy, lo que pienso, lo que me interesa. Me conoces bien. Muy bien, concluyó ella y en ese momento se dio cuenta de que no podría desprenderse de ese hombre tan fácilmente como pensaba.

Francisco volvería muchas veces a recorrer el pasillo del piso cuatro. Con rapidez dejaría la impersonal penumbra para ingresar a esa otra oscuridad, más placentera y cordial. Volvería a oír las suaves melodías siempre nuevas. Reiteraría su compromiso con el placer, con el de ambos que, a su juicio, era el único posible para el hombre. Cada visita le significaría un nuevo título. A veces eran las novedosas obras de Nélide Piñón, Ferreira Gullar o de Joao Ubaldo Ribeiro, pero también llegaban a sus manos algunos clásicos como Guimaraes Rosa o Fernando Pessoa.

Años después, cuando ya podía llevar más de

un libro a la vez a su casa, se le ocurrió preguntar por el precio del diccionario, y se dio cuenta que el valor del Aurelio había sido superado con creces. En todo caso, ya no era necesaria ninguna justificación, pues había vuelto a ser soltero. Nunca había hecho falta, quizás. Ahora quedaba solamente el ánimo de seguir compartiendo el amor por los libros, por las palabras, por el deseo, por los encuentros que se sostenían en la magia de los libros y del placer. O del amor, si quieren llamarlo así.

Café puro, puro café

*Morena mía, voy a contarte hasta diez...
que nadie como tú me sabe hacer café*

Miguel Bosé

*Si no fuera por Emiliana...
Nos quedaríamos con las ganas
de tomar café.*

Carlos Puebla

Juan pensaba en sus cuarenta y tres años, a punto de cumplir, mientras subía al vagón del Metro en la estación Santa Lucía. Atrapado en esa pequeña multitud urbana, el silencioso y amurrado gentío de vuelta a casa, en un Santiago contaminado de seco invierno, pero ajeno a las emergencias ambientales, él andaba medio despistado como era frecuente desde su segunda separación.

El tren inició la suave marcha, pero no quiso prestar atención al ruido sino a los olores y entonces sintió un aroma agradable, pero (maldita conciencia) el título de la última noticia que había escrito ese día no le pareció el mejor. Tal vez el editor cambiaría la palabra *inflexible* por otra. Pensó en las alternativas, en los sinónimos, pero (bendita emoción) el olor lo incitaba y buscó al dueño cuando la gente se movió en la siguiente estación. La conocida fragancia seguía allí, quieta y penetrante.

Era una mujer negra, de unos cuarenta o cincuenta años, una joven abuela quizás. “Con los negros la edad es lo más difícil de saber”, le había oído decir a una de sus amigas cuyas mejores amistades eran las de origen africano, al menos en el comienzo de los tiempos. Miró sin compromiso a la señora y le dijo que el aroma del café molido le gustaba mucho. No tuvo ninguna respuesta. Su segundo e inmediato comentario fue: - Dan ganas de tomarse uno recién colado, ¿verdad? La mujer lo miró un poco asombrada y Juan, el correcto y formal “Juan el periodista”, pidió disculpas. Pero recayendo en lo que podría ser tomado como una impertinencia, explicó:

- No piense que le estoy pidiendo que me invite. Si esta frase pretendía aclarar algo, no cumplió el objetivo.

La mujer abrió dulce sonrisa y contestó, con acento extranjero:

- No te preocupes, si quieres tomar un buen

café puedes venir conmigo, vivo aquí cerca.

Al bajarse del vagón su paso era suave, su cadencia arrastró cordial e irresistible al despistado y aromatizado Juan. Nadie se dio cuenta de nada porque la observación del prójimo se perdía entre las irritantes bocinas del subterráneo. Para ni uno solo de los pasajeros llamó la atención esta escena de conquista y seducción tan cargada de aroma. Allí, frente a todos se mostraba libre y pura una acción amorosa, tierna, no apasionada todavía pero desde Adán y Eva y otras parejas celestiales, desde siempre, siempre excitante. Los pasajeros se apresuraban en su regreso a casa para ver en la televisión alguna escena que los entretuviese, pero eran incapaces de ver la deliciosa complicidad de dos desconocidos que se dejan llevar por el misterio.

En el trayecto desde el metro hasta la casa sólo hablaron de granos y de lugares dónde se podía comprar un buen tostado. Caminaban lado a lado y no podían mirarse más allá del rostro y de perfil. Juan sentía una repentina e irrefrenable ternura por esa ex pasajera del vagón. Concentraba sus vibraciones en la boca de esa señora, sus labios gruesos le llamaban la atención y los miraba más de lo que hubiese debido, más de lo “conquistadoramente correcto”. La casa era, en realidad, un pequeño departamento de soltero. Y al entrar la penumbra los envolvió, el mezquino sol del invierno santiaguino no daba para más. La dueña de casa encendió una luz de lámpara, muy débil que servía apenas para no tropezarse con los muebles.

El hombre parecía intimidado por esa señora que circulaba ahora en su territorio, calmada y segura, yendo de la sala a la cocina, mientras preparaba el café. El comunicador incomunicado, (¿cazador cazado?), ahora sentado en un pequeño sofá, no era capaz de preguntar nada. Pensaba en la mujer y estaba curioso por saber de ella, por conocer sus datos, poder clasificarla. ¿Viuda, separada, casada infiel, soltera sin compromisos? ¿Profesional, empleada de comercio, doméstica, jubilada? Podría armar el cuestionario en pocos segundos pero no estaba entrevistando a una inmigrante. Las preguntas iniciales de una eventual conquista son, como es de suponer, las claves. Son las llaves que abren corazones, son los estímulos que hacen perceptible el amor, el deseo, la pasión. Que la ropa ayude, sí, como el maquillaje, el perfume y los gestos, pero ¡ay! si la palabra maldita (maldicha, quiero decir) nos golpea, nos hierde o nos incomoda. Es aquí cuando el silencio es el mejor lenguaje. Hablar con la mirada, decir algo pero en silencio, dejar que la sangre fluya en todo el cuerpo y acelere su marcha, concentrarse en lo que viene y no saber qué nos espera. ¿Quiero conquistarla o quiero que me conquiste? O mejor me voy a mi casa...

El aroma del líquido recién preparado inundaba el departamento. Ella entró a la pequeña sala cargando una bandeja con una cafetera de loza pintada de azul, dos tacitas blancas y un diminuto azucarero transparente.

- ¿Quieres comer algo?, preguntó como una madre le diría a su hijo regalón que llega cansado del colegio.

- No, no gracias, tartamudeó el sorprendido Juan. Tomo el café y me voy, muchas gracias.

- Pero, ¿por qué tanto apuro?, dijo ella ahora en el tono de la amante que provoca al marido ajeno, obligado a volver luego a casa.

Haciéndose el despistado -algo que no le costaba mucho, según su primera ex mujer-, le respondió que no tenía apuro, pero que no quería molestarla. “De seguro, estás cansada, después de un día de trabajo...”

Ella no respondió, no al menos con palabras. Permanecía en un silencio que la hacía más atractiva. Se movía suavemente, con una lentitud que atrapaba la mirada de Juan. De fondo, sólo se oía el ruido de Santiago, un rugido permanente que no puede evitarse y que a ratos es cortado por bocinas, frenadas, sirenas. Es el silencio posible de la capital.

El líquido caía suavemente en las tacitas y el vapor ponía el toque especial a la escena. Del chorro de café Juan pasó su mirada a los pechos de aquella mujer, los encontró pequeños, pero no los despreció, el tamaño nunca había sido una obsesión para él. Ella sintió la mirada pero no supo de la calificación y poco le habría importado si supiese. Le devolvió la mirada, no la misma sino una de ternura que le subía de pronto a sus ojillos negros. Él estaba ahora prendado de sus

pestañas tan crespas, colgado al brillo de esos ojitos oscuros, deseoso de expresar sus emociones.

- Tus pestañas son tan lindas que dan ganas de tocarlas. Tienes una bella mirada, dijo él mientras ponía azúcar en su taza. Esas eran las palabras del comienzo, tímidas, casi recatadas, pero no había plan trazado, era lo que le venía espontáneamente, lo que esta mujer le provocaba decir.

- Eres muy gentil. Tu mirada es encantadora, contestó ella con una voz bañada en sensualidad, mientras revolvía el líquido oscuro. No estaba a la defensiva, respondía en el mismo tono, en el mismo lenguaje amoroso que además de lo verbal incluía ese lento abrir y cerrar de ojos, un pestañeo que invita como si fuese un beso o una caricia.

Saborearon el café en silencio, sonriendo con los ojos, insinuándose sin señales evidentes, pero intensamente compenetrados. Degustaban el fuerte sabor sin prisa. Para Juan, el café siempre le había parecido una inyección de energía, un trago de vitalidad y ahora ponía toda su atención en esa fuente de poder. La luz de la lámpara no le permitía apreciar con detalle a la mujer y sólo podía imaginarla, debajo de sus ropas. Vestía una blusa blanca de mangas cortas y un pantalón amarillo ni suelto ni apretado o, mejor dicho, suelto en algunas partes y apretado en otras. Sus brazos eran fuertes, sus hombros también; no tenía una espalda fina de señorita delicada sino la de una mujer de trabajo duro, pero su cuello sí era fino. Envalentonado por este

verdadero elixir del amor, Juan reprimió al caballero que todo hombre cree que debe llevar dentro, desbloqueó su libido e imaginó entonces las caderas de la señora y pudo verlas, y vio más, sus nalgas, sus muslos... El pantalón de pronto había desaparecido y vio esa piel tersa, sin vellos ni arrugas, sin estrías ni vergüenzas... “Lo que más me gusta de los negros es la piel tan estirada”, recordaba ahora lo que le decía su amiga pro africana.

El breve ruido tan familiar del choque de una taza contra la bandeja sacó al inspirado Juan de su ensueño. Entonces, ella dijo sin titubear:

- ¿Quieres tomar otro ahora o prefieres después?

Juan olvidó el orden de los sucesos. No podría haber escrito una crónica rigurosa sobre su aventura, pero sí se acordaba de algunos momentos, imágenes esporádicas, recuerdos fugaces, trazos dispersos tal como vuelven los sueños.

- Pensé que tenías más pelos, susurraba sin tono de queja tocando sus pectorales, posada a horcajadas sobre él, allí mismo en medio de la salita y sobre una gruesa alfombra de colores y dibujos desconocidos.

No había música ni les hizo falta, porque ella danzaba al ritmo del deseo. Su cuerpo menudo era carnoso, sus pechos efectivamente pequeños, el dominio de su placer era difícil de describir sin caer en la lujuria verbal.

- Café, café, se limitaba a decir Juan, en señal de celebración.

Su cuerpo era un objeto y un sujeto de placer, pero se entretenía pensando lo que había escuchado en la televisión. O quizás había sido en la universidad. Algo sobre la igualdad racial, la diversidad racial, la no discriminación.

- ¿Quieres más café?, reía ella sin dejar de aplastarlo. ¿Quieres más café o querís agüita?, decía la extranjera acentuando con humor los chilenismos.

- Primero el café, luego el agüita, respondía él con la voz firme, las manos firmes, la piel endurecida en las batallas sin fin del amor.

- ¿Y después?, incitaba ella empujando las palabras con sus gruesos labios y su tierna mirada.

- Después veremos, sentenciaba él dejando abierto el futuro, consciente de que no hay promesa que valga un segundo antes del último orgasmo.

Juan abandonó el departamento algunas horas más tarde. Nunca volvería a encontrar a aquella mujer en el metro ni en ningún otro sitio. Supo su nombre al despedirse pero no le hizo falta recordarlo. Esa noche quedó grabada en su memoria no sólo por el satisfecho deseo sexual sino también por el aroma, el sabor y la energía revitalizadora del café. Los tipos de granos, la calidad de los tostados, los diversos orígenes del café, fueron los recuerdos trascendentes que le dejó aquella mujer negra, que no sólo sabía hacer café sino que además sabía disfrutarlo. El metro había cerrado sus

puertas y mientras se dirigía al paradero de buses más cercano olía sus manos. Buscaba clasificar sus preferencias aromáticas. ¿Cuál era su olor preferido?: ¿Los del amor? ¿El café recién colado? ¿El pan recién tostado? ¿O sería el de la higuera de su infancia?

La revuelta del récord

Con un micrófono en una mano y una copa en la otra el Alcalde Bonifacio Zepeda dijo, en tono solemne, al pueblo congregado en la Plaza de Armas: “Amigas y amigos, queridos vecinos de esta gran comunidad, imagínense por un momento que cada uno de ustedes en estos momentos tiene como yo una copa en la mano para que juntos podamos brindar...”

Sus palabras fueron interrumpidas por silbatinas y gritos. Al principio eran voces de la multitud, sin orden ni orientación, pero cuando la principal autoridad edilicia quiso insistir en el imaginario brindis, la gente ya estaba coreando muy organizadamente: olé, olé, olá, todo el pueblo va a tomar... olé, olé, olá. Era un cántico conocido porque con diferentes palabras era usado por los fanáticos del fútbol en los estadios sudamericanos y también en Chile.

Cerca de diez mil personas se habían congregado en la plaza de esa ciudad que apenas

superaba los cien mil habitantes. Había un gran deseo de unirse y probar el cóctel que una empresa quería inscribir en el Libro de récords como el trago más grande del mundo.

Varios miles de personas habían estado trabajando durante cinco días para elaborar el trago que exigía la labor manual de muchos colaboradores. Eran voluntarios salidos de diversos barrios del pueblo, gente pobre que había acudido sin dudar al llamado del Alcalde. Todos querían trabajar porque con su empeño ese perdido rincón del país, esa pequeña pero generosa comuna costera, podría figurar en un libro tan importante para el mundo.

Todas las familias de cada uno de esos esforzados voluntarios que trabajaron durante muchas horas seguidas estaban esperando que, alcanzada la meta del récord, un aperitivo de 25 mil litros, se repartieran copas y vasos a los presentes para hacer el brindis más grande del mundo.

Cerca de las ocho de la noche, cuando ya empezaba a oscurecer, la gente comenzó a reunirse en la plaza. Algunos llegaron con vasos plásticos y los más osados tenían en bolsos o entre sus ropas algunas botellas. La gente se sentía con “derecho a trago” porque habían trabajado sin recibir nada a cambio, pero más que nada porque así lo había prometido la autoridad: “Nadie se va a emborrachar, pero todos los adultos van a poder probar este cóctel que es una bebida muy fina; un trago sabroso y delicioso para degustar”.

En un escenario levantado en la Plaza, frente al edificio de la Municipalidad, desfilaron decenas de artistas, intérpretes de todos los ritmos de moda, bailarines de todos los pasos conocidos, humoristas que inventaban chistes en el momento, pero las ansias del pueblo no se calmaban con nada. En el público empezó a circular el rumor de que el récord se había alcanzado hacía varias horas y que estaban demorando el brindis para que la gente se fuera a sus casas. No querían repartir el trago. Lo iban a devolver a la empresa para embotellarlo y venderlo después. Los habían hecho trabajar gratis, decían los rumores que aumentaban la ansiedad de los allí reunidos.

Un famoso animador de televisión salió al escenario cuando eran las 11 de la noche y la gente estaba comenzando a empujarse contra las barreras de contención. ¿Cómo están amigos?, ¿Tienen sed?, fue lo primero que dijo el popular comunicador. El coro fue espontáneo y masivo para responder positivamente. No se preocupen, hay harto trago y no creo que lo estén haciendo para guardarlo, remató arrancando aplausos del público.

Media hora después el animador llamó al Notario de la ciudad para que certificara que se había elaborado el trago más grande del mundo. Este era uno de los tantos requisitos para que la proeza pasara al Libro de Récords. Entró en escena un hombre vestido de negro, flaco y encorvado; más parecía un cuervo bípedo de mal agüero, que un hombre. Cuando se

preparaba a probar el trago, el animador lo interrumpió y llamó entonces al Alcalde y al dueño de la fábrica de alcoholes. Juntos, los cuatro, harían el histórico brindis del récord.

Fue en ese momento que el Alcalde trató de hacer su discurso. Como ya era costumbre, cambió sustantivos por adjetivos, tropezó con las puntuaciones y se comió las eses finales, pero nada de eso importaba. Su brindis nunca se completó y por cierto no llegó a realizarse.

El pueblo enfurecido por asistir sólo como espectador se abalanzó sobre el escenario y en pocos minutos el acto se transformó en un caos desenfrenado. Mientras las mujeres con sus niños trataban de huir del lugar, los hombres se organizaron para derribar un depósito de 2 mil litros, otros destruían las casetas donde habían estado trabajando horas antes; pequeños grupos buscaban alcohol en un camión tonel que la empresa había llevado hasta la plaza. El jefe de la policía que custodiaba el local ordenó el repliegue de sus escasos hombres.

Los guardaespaldas del Alcalde alcanzaron a proteger a su patrón y de paso se llevaron al Notario y al animador de la televisión. La horda se calmó un momento cuando lograron derribar el camión y alcanzaron a juntar un poco de trago en algunos baldes y botellas antes que miles de litros del cóctel se perdieran calles abajo rumbo al mar.

Con algo de alcohol en el cuerpo los más

atrevidos decidieron organizarse y volver al ataque. Luego surgieron algunos líderes que convocaron a asaltar la casa municipal. Otros propusieron entrar al Casino donde se haría más tarde una fiesta privada con invitados especiales para celebrar el récord. No faltó el que invitó a atacar la fábrica de alcoholes, pero desistieron de la idea porque estaba muy lejos.

Decenas de hombres entraron un poco más tarde al edificio consistorial y comenzaron a destrozarse todo cuanto podían. Luego de algunos minutos alguien, a través de un altavoz, ordenó abandonar el lugar porque sería incendiado. Afuera se habían congregado cientos de observadores y ya empezaban a llegar periodistas, fotógrafos, camarógrafos, cazadores de noticias armados de sus equipos.

Las luces de la televisión y una cámara centraron por un momento la atención de los espectadores en un hombrecito que respondía modestamente ante la consulta de una reportera: “Yo no he tomado nada, señorita, estuve trabajando 48 horas para el récord. No estoy de acuerdo con la violencia, pero el pueblo tiene derecho a rebelarse contra el engaño y la mentira”. Los aplausos y gritos de aprobación más los empujones y exabruptos pusieron fin a la entrevista.

El argumento del anónimo rebelde fue energía suficiente para seguir la revuelta. Grupos organizados y ahora armados de palos, fierros y de otros objetos contundentes comenzaron a destruir las fachadas de los comercios de la ciudad. La ola destructiva avanzaba

calles arriba y calles abajo dejando a su paso la marca de la protesta. No había gente herida, sólo destrucción. Poco a poco la furia se fue diluyendo. Sin órdenes ni líderes, la protesta se desvaneció y cuando las luces del amanecer comenzaban a clarear la ciudad saqueada sólo quedaban en las calles algunos estáticos policías y algunos reporteros registrando imágenes que durante las 48 horas siguientes serían vistas por todo el país e incluso en el extranjero como la expresión de la llamada revuelta del récord.

Casi un año después un noticiero local de televisión informó que el libro de los récords, recién editado con las marcas del último año, no había registrado el cóctel gigante elaborado por el pueblo. “No pasamos a la historia por el trago, pero los recuerdos de la revuelta aún están vivos en nuestra memoria”, decía con voz grave el locutor mientras se veían imágenes de la destrucción grabadas en la memorable noche del trago más grande del mundo.

El Alcalde nunca quiso comentar los hechos, ni en privado ni a la prensa. Uno de sus secretarios anunció que se iba a presentar una querrela contra todos los que resultaren culpables de los desmanes, pero de eso nunca más se oyó hablar. La autoridad no postuló a la reelección siguiente, pero un par de décadas después se supo de él por los informativos: era el nuevo Alcalde del único y pequeño pueblo de la Antártica chilena. Se supo porque se estaba organizando un “evento glaciar”. Quería que ese aislado y atractivo rincón del

mundo pasara a la historia e ingresase al libro de records con el Festival de muñecos de nieve más grande de todos los tiempos.

Crónica carioca

*e um bêbado trajando luto
me lembrou Carlitos...*

Y un borracho vestido de luto me recordó a Chaplin.
(De la canción brasileña “O bêbado e o equilibrista”, de J. Bosco e A. Blanc).

Caía la tarde sobre el antiguo acueducto de los Arcos de la Lapa. Diciembre en Río de Janeiro. La gente volvía a sus casas con el sudor de costumbre. Ese día, a la sombra, hubo 39 grados y todos decían: “Hace calor hoy, no?, como si fuera el único día del año en que se derretían sin oponer resistencia.

La marcha rutinaria del bus 410 “Saenz Peña - Jardim Botánico” se quebró repentinamente con una pasajera que subió, como todos, por la puerta trasera.

Pagó con sencillo y el cobrador se quedó mirándola fijamente. Era una tremenda mulata, una mujer realmente espectacular. Alta, curvilínea, vestida con una falda muy corta que dejaba al aire poderosos muslos de piel morena, delicadamente lisa. Su trasero parecía una obra de arte, no demasiado grande pero tampoco pequeño. Su culo era simplemente el modelo de adoración de los brasileños. No se trata de caderas anchas sino de voluminosas, pero levantadas nalgas. El rostro acompañaba la sensualidad de su cuerpo. Tenía una carnosa boca, labios pintados, dientes grandes y luminosos, llenos de risa. Sus ojos maquillados mostraban grandes pestañas y parecían reír también, con gracia y desenvoltura, llevando a los hombres del bus al delirio.

El vehículo tenía casi todos los asientos ocupados y el pasillo vacío. Las exclamaciones de los hombres comenzaron por aquellos que estaban al final del bus, los que aún no pagan el pasaje, situados antes de la ruleta del cobrador. Para decirlo en buen chileno, los viajeros exclamaban:

- ¡Mijita! ¡Cosita rica! ¡La tonta pa'güena...!

Ella pasó la ruleta contorneándose toda, como queriendo evitar el contacto de su cuerpo con los hierros del aparato que hace sufrir a los cariocas gordos. Sin querer queriendo golpeó con su trasero el hombro de un pasajero. Desnudándola con su mirada, el tipo le dijo con entusiasmo y atrevimiento:

- Pégueme de nuevo mijita, pégueme, pégueme.

Las exclamaciones masculinas aumentaron en volumen y en contenido. Uno de los pasajeros inició un fuerte y acompasado aplauso. CLAP, CLAP, CLAP. El batir de palmas fue creciendo con el aporte de otros pasajeros y el ritmo se hizo más intenso y frenético, mientras ella avanzaba por el bus, un vehículo grande, con capacidad para un centenar de pasajeros.

Cuando los aplausos eran delirantes, ella se dio media vuelta y levantó con un movimiento suave de la pierna su corta falda dejando ver una punta blanca de sus calzones. Los hombres estaban al borde del delirio y le gritaban a la mujer para que se desnudara.

Ella accedió y con experimentado paso fue sacando una por una las escasas ropas que vestía. Al final, casi desnuda, mostraba sus pequeños senos y el trasero que su minúsculo calzón en nada cubría. Un hombre -joven, corpulento y nada feo- se levantó del asiento y gritó:

- ¡Vamos a comernos esta mina entre todos!

La striptisera se asustó y para apaciguar a los exaltados varones no encontró nada mejor que decir la verdad, toda la verdad, nada más que la putísima verdad.

- ¡Soy travesti, soy maricón rico!, repetía mientras bajaba el calzoncito blanco y dejaba ver su pene oscuro y lacio.

El desconcierto general no duró mucho. El bus seguía su recorrido habitual por la calle Mem de Sá, un lugar del bajo mundo carioca. El hombre que propuso

el capote, ya recuperado, se levantó de su asiento y colocándose en la puerta presentó una nueva idea:

- Vamos a pegarle a este cabrón. A mi nadie me toma el pelo.

Varios hombres se levantaron y comenzaron a patear al transformista. El mulato gritaba y rogaba para que no lo golpearan. No hubo caso. La dignidad varonil parecía sentirse recuperada con las patadas, los combos, la sangre y los gritos del joven apuesto y juguetón.

- Esto te pasa por andar dándotelas de mijita rica, le dijo un policía al mulato mientras lo conducía a la Posta Central para luego llevarlo detenido. El travesti fue el único arrestado y su triste historia fue publicada en los diarios sensacionalistas de la ciudad en la página de Crónica Carioca.

